

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

FAY WRAY
ROBT. ARMSTRONG
BRUCE CABOT





KING-KONG

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALAN

ADMINISTRACIÓN. REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de librería - Barberá, 16 - Barcelona



Publicación semanal

KING - KONG

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

“KING - KONG” es una leyenda fantástica, es un viaje a una isla desconocida del archipiélago malayo, una isla misteriosa, con las ceremonias de sus pobladores salvajes, las luchas con monstruos antídiluvianos, con la captura de uno de estos gigantescos animales, que llega a sentir una pasión amorosa, por una pobre muchacha, su captura, su conducción a una ciudad civilizada, su fuga después, el pánico y el terror que siembra, al huir y en resumen, una fantasía, tan llena de emoción, tan imponente, que el ánimo queda sobrecogido ante los hechos inauditos que se suceden. Creación de la gentil

FAY WRAY

Producción R. K. O. Distribución en España por
S. I. C. E.

Paseo de Gracia, 77 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Ana Darrow FAY WRAY
Carl Denham ROBERT ARMSTRONG
Driscoll. Bruce Cabot
Capitán Waston. Sam Hardy

KING-KONG

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

Argumento de
EDGAR WALLACE

Dirección de
MERIAN COOPER

UNA EXPEDICION CINEMATOGRAFICA



Ll día había estado nublado, sin que los rayos del sol alumbrasen por un solo momento todo el puerto, ni la ciudad. Era uno de esos días grises, días pesados en los que el ánimo parece estar sobreexcitado y un pesimismo inexplicable se apodera del alma.

Las aguas del puerto, sin el menor movimiento, tenían un color de plomizo, y su turbiedad continua parecía acentuada en aquella hora de la tarde, en que la noche iba poco a poco ganándole la batalla al astro diurno.

En el puerto infinidad de barcos aparecían amarrados, como monstruos marinos en perezosa somnolencia sin que ni el ruido de los trabajadores, ni de los marineros, alterasen a aquella hora del anochecer el silencio que parecía envolver a todos.

Solamente en una de aquellas embarcaciones, en un vapor de gran calado, se advertía cierto movimiento precursor de una marcha próxima. Era el navío de un gran expedicionario, de un célebre director y productor de cintas documentales llamado Carl Denham.

Era éste un individuo de unos cua-

— NARRACIÓN DEL FILM POR
MANUEL NIETO GALÁN

renta años, fuerte, vigoroso, con la fuerza propia que le había dado su arriesgada profesión y el tener que luchar en más de una ocasión contra la acometividad de las bestias que había intentado filmar. Su rostro se hallaba tostado por los rayos del sol africano y por las brisas del mar. Se advertía en su mirada una decisión enérgica, una voluntad de hierro, de esas que jamás se detienen a satisfacer sus pensamientos por peligros que se interpongan en su ejecución.

Mandaba aquel barco el capitán Weston, viejo lobo de mar, conocedor de casi todas las rutas del mundo, y que en más de una ocasión había sido un auxiliar eficaz al director cinematográfico para la realización de sus films, y últimamente en el mismo camarote en que estaban estos dos personajes, se hallaba también el contramaestre Driscoll. Driscoll era un muchacho de unos veinticinco años, valeroso y decidido como sus dos compañeros. Su estatura, sin ser exagerada, era la de un hombre atlético. Hablaba con energía, como persona acostumbrada a hacerse obedecer, y su rostro, en el que reflejaba una absoluta simpatía, se hallaba desfigurado por los azotes de los diferentes climas en los que había vivido, resultando más bien feo que otra cosa.

Cuando más entusiasmados estaban los tres personajes, subió a bordo del barco un hombre que preguntó por el capitán y por Denham. Un marino lo condujo a presencia de ellos y preguntó el recién llegado:

—¿Es éste el barco películero?

—El «Aventura», sí, señor—respondió Denham—. ¿Qué hay?

—Yo soy Weston—respondió el otro—, el agente teatral.

—¿Trae usted buenas noticias?—le preguntó Denham.

—Las únicas que traigo es que debemos zarpar inmediatamente. La compañía de seguros sabe que llevamos explosivos a bordo... Y puede detenernos por meses.

—Eso será si no volamos antes—respondióiendo el director de películas—. Una sola de estas bombas es capaz de dormir a un elefante.

—Por lo mismo debemos zarpar inmediatamente... Debemos zarpar antes del monzón.

—A mí no me asustan los monzones—respondió indiferente el capitán.

—Lo sé, capitán—exclamó el agente teatral, que conocía de sobras el valor y la pericia del capitán del barco—; pero si nos retrasamos, las lluvias tropicales no nos permitirán hacer la película...

El capitán sonrió indiferente, y

mirando al productor cinematográfico le dijo con cierta admiración:

—Usted hará la película... ¡Sólo hay un Carl Denham!

—Bueno, bueno—atajó Denham—. ¿Encontró usted la muchacha que necesitamos?

—Imposible—respondió el otro—. Todos los agentes se niegan a buscarme una muchacha.

—Todos menos usted, ¿verdad?... Usted me conoce.

—Cierto, Denham—respondió el agente—; pero su reputación de temerario es bien conocida, y además, esa reserva que guarda usted sobre este viaje...

—Reserva explicadísima—le atajó Denham—. Puede usted creer que ni yo mismo sé dónde vamos.

—Pues por eso yo no puedo mandar a una muchacha a una aventura sin saber nada.

—¿Y qué se necesita saber?

—Qué clase de aventura, o, mejor dicho, qué clase de película piensa usted realizar.

Denham se le quedó mirando fijamente. En sus ojos se advertía cierta mirada de burla bondadosa, y finalmente le dijo:

—Hay un refrán árabe que trata de cierta bestia imponente para la cual de nada servían las armas ni las lanzas. Este refrán termina diciendo: «La bestia fué a devorar a

la joven, pero ante su belleza detuvo su mano y desde aquel día fué ella misma quien protegió a la bella».

—Sí, muy bonito, pero eso nada me dice—respondió el agente.

—Pues esa es la película que yo pienso hacer. Una película en la que un monstruo de la selva, ya encontraremos alguno, sirva para hacer creer al público que está enamorado de esa muchacha que buscamos.

—Así y todo, compréndalo usted...—insistió en su negativa el agente.

—Nadie se arriesga en un viaje sin rumbo conocido, y en semejante compañía...

—¿A qué compañía se refiere usted?—preguntó molesto el director.

—Aludo a la tripulación, no ha sido otra mi intención.

—¡Ni que yo matara a la gente! exclamó despectivamente Denham.

—El capitán y Driscoll han viajado siempre conmigo y, ya ve usted, todavía viven y están fuertes.

—Sí, pero ellos son hombres... Una mujer corre siempre más riesgo...

—¿Acaso no hay peligros en Nueva York? Más peligro corren esas pobres muchachas en la ciudad que conmigo.

—No niego que lleva usted razón—volvió a decirle el agente—; pero por lo menos, saben a qué atenerse.

mientras que en este viaje... Sino, vamos a ver... ¿Para qué quiere usted la muchacha?

—No se figure que la quiero para adorno. Ya sabe que el público de cine gusta de ver caras bonitas.

—Bueno, eso no es solamente al público de cine—interrumpió sonriendo el agente—; eso gusta a todo el mundo.

—Pero, ¿es que no hay nada atractivo sin mujeres?—replicó el contramaestre Dricoll.

El agente sonrió ante aquella pregunta y dejó que el mismo director respondiera por él, el cual dijo:

—Así es. Pruebe de hacer una película en un monasterio y fracasará. Es desesperante, pero es cierto. De cuantas cintas he hecho, los críticos dicen que sería mucho mejor que incluyera en ellas alguna historia de amor. ¿El público exige heroínas? Pues las tendrá de hoy en adelante.

—¿Y dónde va a encontrarla?—preguntó el capitán.

—No lo sé—respondió Denham levantándose—. Donde sea... La encontraré y pronto, porque es preciso zarpar antes que amanezca. Ya sabe que tenemos razones para zarpar...

—¿Más enigmas aún?—exclamó el agente—. Me alegro no haberle traído a ninguna muchacha, así no podrá exponerse, ni exponerla a una aventura alocada.

—¿Cree usted que por eso voy yo a desanimarme?—exclamó Denham.

—¡Cómo se conoce que todavía no sabe usted de qué soy capaz. Nada me impedirá hacer la cinta más grande del mundo... ¡Algo que causará el pasmo universal... Ya lo verá, ya lo verá...

Y sin esperar a más, empezó a subir las escaleras que conducían a cubierta, mientras que el agente le preguntaba extrañado:

—Pero, ¿a dónde va usted?

—Pues a traer a una muchacha, aun cuando tenga que casarme con ella.

Y sin detenerse un instante más fué a tierra y sin rumbo fijo se dirigió en busca de aquella mujer que le hacía falta.

Anduvo durante un buen rato por todos los arrabales que había cerca del puerto, pero en ninguna parte halló aquella mujer que podía servirle para protagonizar la cinta que él había imaginado. De pronto vió una cola formada de mujeres ante la puerta de un establecimiento y quedó durante unos segundos contemplando a cuantas formaban aquella cola. Todas ellas eran seres anémicos, mujeres en cuyos rostros se advertía la miseria de sus cuerpos: eran las famélicas de las grandes ciudades que acudían allí en busca de algún alimento para poder ir arras-

trando la miseria de las grandes ciudades que acudían allí en busca de algún alimento para poder ir arrasando la miseria de su existencia.

Denham pensó que entre aquellas infelices no le sería difícil encontrar a alguna que le sirviera para lo que él se proponía, pero por más que miró una por una a cuantas formaban la cola, no vió a ninguna que pudiera encarnar el papel de aquella muchacha que él había ideado. El hambre, las privaciones, la miseria general que pesaba sobre ellas habían hecho de sus rostros verdaderas maquetas de seres inanimados y en aquellas caras sin vida no había la menor expresión que poder llevar a la pantalla.

Desistió de esperar más tiempo y echó a andar hacia una tienda que había enfrente para comprar un bocadillo y amortiguar en algo el apetito que sentía en aquellos instantes.

Cuando el dueño del establecimiento estaba despachándole, se acercó a la tienda una muchacha de rostro angelical. Iba regularmente vestida sin denotar una pobreza extrema, y se paró junto a unas cestas de frutas que había en la puerta. Miró hacia todos lados y al ver que el dueño estaba distraído con aquel parroquiano, alargó la mano para apoderarse de una de las manzanas que habían expuestas. Sin embargo,

la suerte no le fué propicia, puesto que el dueño advirtió su acción y se abalanzó sobre ella diciéndole:

—¡Te he cogido, ladrona!

Denham se volvió y al ver la cara de la ladrona quedó sorprendido por la belleza de aquella muchacha. Indudablemente una mujer así era lo que él buscaba. Aquella era joven, bonita, y además se advertía que su suerte no era muy envidiable. La muchacha, con la vista clavada en el suelo por la vergüenza que estaba pasando, no se atrevía a moverse, mientras que el dueño del establecimiento le decía amenazador:

—¡Voy a llamar a la policía!

—La joven levantó la vista hacia él y mirándolo angustiosamente le suplicó:

—¡No llegué a robar!... ¡Es que tengo mucha hambre!

—¡Así y todo, la policía te enseñará que no se debe coger nada de lo que no es de uno!—volvió a decirle el dueño, decidido a entregar la muchacha a la policía.

Denham intervino y cogiendo a la joven por la mano le dijo al dueño:

—¡Cállese!... ¡Si algo le ha quitado yo se lo pagaré!... No quiero que llame usted a la policía...

La joven le miró con profundo agradecimiento, al mismo tiempo que Denham le decía:

—Vámonos de aquí... No conse-

guiría usted nada de estos hombres.

La llevó a un café que había cerca de allí y la hizo sentar en una mesa junto a él. Llamó al camarero y le ordenó que sirviese una cena a la muchacha, que seguía mirándolo, extrañada de aquella prodigalidad.

Mientras duró la cena, Denham ni siquiera le dirigió la palabra. Veía el afán con que comía la pobre infeliz y no quería interrumpirla.

Al cabo de más de media hora, la muchacha terminó de comer y Denham le preguntó sonriendo:

—¿Resucitó ya?

—Sí—exclamó ella, dando un suspiro de satisfacción al verse satisfecha—. Es usted muy bueno.

—No lo crea—respondió Denham, con aquella franqueza tan ruda y tan innata en él—. Lo que hago no es por bondad.

—¿Entonces...? — preguntó ella alarmada—. ¿Qué es lo que pretende?

—No se asuste y dígame: ¿cómo ha venido a parar a este estado?

—La mala suerte—respondió la joven dando un suspiro—. Me ha sucedido lo que a tantas otras que han corrido la misma suerte.

—Pero tengo la seguridad—exclamó riendo Denham—que no serían tan guapas.

La muchacha sonrió adorablemente y exclamó:

—Bien vestida, no parezco del todo mal, pero con estos harapos...

—¿Tiene familia?—preguntó el director.

—Sólo un tío... ausente.

—¿Sabe de teatro?

—Trabajé en un estudio de películas, pero se cerró y me quedé sin trabajo, por más que he buscado.

—¿Cómo se llama?—volvió a inquirir el director.

—Ana Darrow—respondió ella.

—Bonito nombre—exclamó el director—. ¿Y dice usted que está sin trabajo?

—Así es, desgraciadamente.

—Pues yo voy a darla ocupación—siguió diciéndole Denham—. En el barco hay ropa para usted, pero vamos a comprar todavía más.

Ana interpretó torcidamente las palabras de Denham y le miró asustada. Ella era una infeliz muerta de hambre, una pobre muchacha que no tenía ni siquiera donde recogerse, pero no era lo que aquel había pensado. A pesar de su pobreza era una muchacha decente, incapaz de hacer nada malo. Pensó que su protector quería abusar de aquella miseria en que la veía y protestó ofendida.

—¿Qué significa lo que ha querido usted decir?

—No se incomode y atiéndame.

Lo que le he dicho significa fortuna, aventuras, fama. ¡Zarpamos mañana, a las seis, y necesito una mujer bonita como usted!

—Pero yo me niego a ir...—protestó Ana—. Usted se ha equivocado conmigo. Yo soy una mujer decente.

Denham sonrió y volvió a decirle:

—No me ha comprendido usted, ni yo me he explicado. Usted me juzga mal... Lo que le propongo es un simple negocio, pero un negocio honrado.

Ana lo miró menos severamente que antes y el productor de películas siguió diciéndole:

—Yo no soy lo que usted se ha pensado. La culpa, claro está, es mía, por no haberme explicado antes, pero le diré quien soy yo... Me llamo Carl Denham... ¿No oyó nunca hablar de mí?

—Sí—respondió la muchacha extrañada—. Usted hace películas de la selva.

—Eso es—terminó diciendo Denham—. Y lo que yo le propongo es que usted trabaje en la próxima... Salimos a las seis de la mañana... ¿Quiere usted venir?

—¿A dónde vamos?—preguntó

ella, confiada ya por completo al saber de qué se trataba.

—Muy lejos...

—Pero no puede usted decirme el lugar a que nos dirigimos?—preguntó curiosamente.

—No se lo puedo decir—respondió el director—. Lo único que le ruego es que confíe en mí... Nada tiene que temer.

La muchacha dudó unos instantes. La oferta del productor no podía ser más tentadora, y, por lo mismo, mientras lo pensaba sonreía ingenuamente y exclamó al fin:

—No sé lo que hacer.

—Pues fiarse de mí y conquistar ánimos para nuestra próximo película.

—Lleva usted razón—terminó al fin, decidiéndose—. Iré donde sea. ¿Qué más da un sitio que otro?... Lo esencial es que seré la protagonista de su film y esto puede ser que me abra luego las puertas de los demás estudios.

—¡Qué duda cabe que será así!—exclamó Denham.

Y convenido, los dos salieron del café para marchar hacia el «Aventura», que sólo esperaba ya la orden para partir.

HACIA LO DESCONOCIDO

Aun no había iniciado el día su presencia cuando empezaron las maniobras en el «Aventura» para iniciar su marcha hacia aquel lugar desconocido. Los marinos trabajaban febrilmente de un lado para otro siguiendo las órdenes que les daba el contramaestre, mientras que Ana los veía trabajar con la curiosidad propia de la persona que nunca ha estado en el interior de una embarcación.

Después de dormir unas cuantas horas, Ana se había levantado con el deseo de ver la marcha del barco. Como le había dicho Denham, en el barco había otros vestidos, aparte de los que habían comprado en tierra antes de embarcarse la noche anterior. Cambiadas sus ropas por aque-

llas otras, lleno su estómago y animada por el pensamiento de un futuro más esplendoroso de la vida que hasta entonces había llevado, Ana se sentía en aquellos momentos verdaderamente feliz.

Desde donde estaba ella oía al contramaestre dictar sus órdenes y sonreía alegremente al ver cómo aquel puñado de hombres, de mucha más edad que Driscoll, obedecían sin replicar todas sus órdenes.

La misma energía del muchacho fué lo que hizo que Ana sintiera por él una simpatía en la que tenía alguna parte también la admiración.

Sin embargo, Driscoll no se daba cuenta de la atención de que era objeto por parte de la muchacha y seguía ordenando las maniobras con el

fin de embocar la boca del puerto y hacerse a la mar.

Ana, con esa curiosidad tan propia en toda mujer, cada vez fué acercándose más a Driscoll, que seguía gritando y manoteando al mismo tiempo. Cuando estuvo junto a él, sin que el contramaestre se diera cuenta, les gritó a los marinos:

—Eh, vosotros, abajo y ayudad a los otros!

Y en uno de aquellos ademanes le dió un empujón a la joven. Se volvió rápidamente para ver quién estaba allí y al darse cuenta de la presencia de Ana le preguntó rudamente:

—¿Qué hace usted aquí?

—Viendo—respondió con deliciosa sonrisa la muchacha.

—¿Usted es la actriz, verdad?—le preguntó secamente Driscoll.

—Sí—respondió ella—. ¿Lo sabía usted?

—Lo sabía, pero, sin embargo, ignoraba que fuese usted tan curiosa.

Ana advirtió el interés que ponía él en que sus palabras fuesen molestas y sonrió interiormente, al mismo tiempo que le respondía:

—Está justificada esta curiosidad. Es la primera vez que me embarco.

—Eso mismo me pasa a mí—respondió el contramaestre—. Esta es la primera vez que me embarco... con una mujer.

Pero Ana no mostraba ningún en-

fado por la actitud del contramaestre y sin darle importancia a sus palabras le preguntó:

—¿No quiere mujeres a bordo?

—No—exclamó con igual sequedad él—. Molestan mucho.

—¿Yo también?—le dijo ella con cierta coquetería.

—Usted como todas... ¿Le parece que no ha molestado ya bastante?

La joven sonreía. Estaba segura de que aquellas palabras no eran el reflejo fiel del carácter del muchacho. Sin duda su vida siempre en el mar le habían alejado de las mujeres y hasta tenía un concepto formado de ellas, que Ana estaba decidida, por la simpatía que le había inspirado, a hacérselo rectificar. Por lo mismo, acentuando su coquetería, lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Piensa usted tratarme así todo el viaje?

Driscoll no pudo sostener aquella mirada que lo fascinaba y para evitarla trató de marcharse diciéndole:

—Perdone el golpe que le di... ¿Le hice daño?

—Más daño me hacen sus palabras...

—Sí... ya comprendo que soy muy rudo, pero no puedo evitarlo... No me agradan las mujeres a bordo.

Y sin esperar a más se fué hacia un grupo de marinos para seguir or-

denando las maniobras que debían hacer.

El barco poco después fué alejándose paulatinamente del puerto. Pronto dejó atrás la entrada del mismo y empezó a navegar en plena mar. La marcha iba haciéndose cada vez más acelerada, hasta que finalmente emprendió la ruta hacia el lugar escogido por el director.

La vida a bordo fué haciéndose monótona, con esa monotonía de las grandes travesías y la única distracción de Ana era la de hablar con el cocinero, un chino que iba en el barco y que no tardó en sentir por la muchacha un verdadero afecto.

Driscoll, entretanto, apenas si hablaba con ella; parecía como si rehuyera su presencia, sin poder explicar el motivo, aun cuando Ana empezaba a comprenderlo, juzgando por ella misma.

Para distraerse algo y tener con quien hablar, la muchacha buscaba al cocinero y con él pasaba algunos ratos, aun cuando el pobre chino siempre tenía que trabajar para poder hacer tanta comida como necesitaban aquellos hombres.

Llevaban ya cerca de seis semanas de viaje, seis sernanas durante las cuales la vida en el barco iba haciéndose cada vez más pesada, y un día Ana, que estaba acodada sobre la borda del barco, vió al chino pe-

lando patatas y le preguntó sonriendo:

—¿Cuántas patatas ha pelado durante estas seis semanas?

El chino miró iracundo los tubérculos que le quedaban por mondar y respondió con ira:

—¡Demasiadas!

—Los marinos comen mucho, verdad?—preguntó Ana, riéndose de aquella rabia que el chino demostraba hacia las patatas.

—Mucho—respondió el hijo del Celeste Imperio—. Cuando yo vuelva a China no comeré nunca patatas...

Ana miró hacia el mar. En aquellos momentos ofrecía una visión magnífica y no pudo menos que exclamar admirada:

—¡Qué bello es el mar!

—Mucho—respondió el chino—. Usted ser casi marinera, pero come poco.

—Es deliciosa esta vida del mar... Me encanta.

—A mí también—respondió el chino—. El mar es muy bonito si pudiera encargarse el buen tiempo y suprimir las patatas.

El chino, al ver que llegaba el contramaestre, recogió todo cuanto tenía a su alrededor y se alejó de allí, para evitar alguna regañiza de Driscoll. Este fué acercándose a Ana y cuando estuvo junto a ella le preguntó:

—¿Dónde anduve toda la mañana que no la he visto?

—Estuve probándome vestidos. Mr. Denham va a probarme hoy.

—¿Que a probarla?—preguntó extrañado el contramaestre sin comprender lo que quería decir en el argot cinematográfico «probar».

—A probarme — insistió ella, sin darse cuenta del desconocimiento que sobre la materia tenía Driscoll. Y mirándolo cariñosamente le preguntó:

—¿Qué lado de mi cara le parece a usted más bonito, más fotogénico?

—Ambos, me parecen bien—replicó el marino.

—¿No es usted fotógrafo?

—Ni lo soy ni quisiera serlo, como tampoco quisiera verla a usted aquí.

Ella le amenazó cariñosamente con un dedo y le dijo:

—Le parece usted bien eso que acaba de decir?

—Sé lo que he dicho y lo repito— insistió el muchacho—. Este no es un lugar adecuado para usted.

—Al oírle cualquiera diría que he sido un estorbo para usted.

—Claro que sí—respondió con franqueza Driscoll.

Pues, no me explico por qué.

—Su presencia es suficiente... Desde que la vi en el barco, me parece que no hago nada a derechas.

—Y yo creí que todo iba bien—exclamó Ana, con fingido sentimiento,

pensando en que las palabras del contramaestre eran una expresión sincera de lo que interiormente sentía.

—Yo tampoco le culpo—siguió diciéndole el joven marino—. Una mujer no puede evitar ser una calamidad...

Ana estaba segura de que él intentaba por todos los medios hacerse desagradable, pero lo que él mismo no sabía era que la presencia de la muchacha le atraía. Muchas veces Ana lo había sorprendido mirándola ocultamente, como si quisiera extasiarse en su contemplación y cuando él se daba cuenta de que ella iba a verlo huía avergonzado, para no denotar el sentimiento que la joven le había inspirado. Por lo mismo ella no podía tomar a pecho sus palabras y le respondió:

—Sea como sea, nunca he sido tan feliz como en este viaje... y con su compañía.

La coquetería de la joven prendió en Driscoll que sin saberse contener le preguntó emocionado:

—¿Es de veras eso, Ana?

—Claro que sí—respondió ella riendo—. Todos han sido buenos conmigo, Mr. Denham, el capitán... bueno, el capitán es un ángel...

—Si le oyera eso, como se echaría a reír—replicó Driscoll.

—No veo motivo de risa por decir

que todos me quieren... hasta Iggi, me quiere más que a nadie.

Yggi era un pequeño mono que llevaban a bordo y que siempre estaba al de Ana. Se habían hecho tan amigos, que el animal en cuanto la veía corría adonde estaba ella y no había medio de separarlo de su lado.

En aquel momento, Yggi saltó a los brazos de la muchacha y ésta lo acarició y lo dejó junto a sus pies.

Apareció el director, y al ver a Ana y al mono, pensó en su película y exclamó :

—Aquí están «la bella y la bestia».

Driscoll se picó ante aquella frase que él no podía comprender y exclamó algo molesto :

—Si lo dice por mí, podía evitárselo... Ya sé que soy feo.

Ana lo miró y se echó a reír. Verdaderamente, era feo, pero, sin embargo, su fealdad quedaba oculta ante la nobleza de su alma. Le habían bastado aquellos días para darse cuenta de que en el corpachón de Driscoll se encerraba un corazón capaz de todas las ternezas y un alma llena de nobles sentimientos.

El director, sin tomar en consideración la protesta de Driscoll, le dijo a la joven :

—¿Quiere vestirse para tomar las pruebas?... La espero en la cubierta.

—Ahora mismo—respondió Ana,

bajando del puente de mando donde había subido con Driscoll.

Driscoll, desde hacía días, sentía un grave presentimiento. Aquel viaje al que él no había opuesto la menor objeción, le resultaba ahora peligroso. Temía, no por él, que estaba acostumbrado a toda clase de aventuras, sino por ella, por Ana. No quería que la muchacha corriese el menor riesgo, sentía un sentimiento extraño, algo que él no se podía explicar, pero que le impulsaba a protegerla contra lo que le pudiera suceder. Por lo mismo se acercó al director y le dijo :

—Mr. Denham, permitidme entrometerme.

—¿Qué ocurre?—preguntó el director.

—Adónde vamos?

—Ya lo sabrá cuando llegue el momento—contestó Denham.

—Y qué pasará cuando lleguemos?

—¡Qué sé yo!—respondió el director. —¿Acaso soy profeta?

—Pero usted debe saber que esta expedición es peligrosa, cuando tanto procura ocultar el lugar adonde nos dirigimos.

Denham miró extrañado a Driscoll y le dijo :

—¿Acaso tiene usted miedo?

—Bien sabe usted que no... Yo ja-

más he sabido lo que es miedo, pero temo por Ana.

Denhas se echó a reír. Había adivinado el secreto que encerraban aquellas palabras, y mirando burlonamente al contramaestre, le dijo :

—¿De veras, que siente miedo por ella?... Pues lo único que nos faltaba era eso, complicaciones amorosas... No sea niño y guárdese de las mujeres...

El contramaestre se encogió de hombros ante el consejo del director y queriendo alardear de indiferencia, le dijo :

—Me cree tan tonto para enamorarme?

—¿Quién sabe? Todos caemos... Una cara bonita hace de un gigante un pigmeo... Piense en esto que le digo y déjese de tonterías y sentimentalismos.

—¿Acaso cree usted qué yo?...

—Yo no creo nada, Driscoll, pero si la bella se adueña de su voluntad está usted perdido... En fin, ya dije bastante.

—¿Qué pretende insinuar?—inquirió con energía el contramaestre.

—Nada, nada—respondió el director, mientras descendía adonde tenía la cámara de tomar vistas—. Es el tema de mi película. «La bestia era todopoderosa, invencible, pero la bella quebrantó su poder. Perdida su

fuerza y su sabiduría, la derrotaron los pigmeos».

Un marino se acercó al director y le dijo :

—El capitán le llama. Dice que ya hemos llegado.

Denham se volvió hacia Driscoll y le dijo sonriendo :

—Venga, Jack. Ahora se sabrá todo.

Los dos hombres se fueron al camarote del capitán y una vez que estuvieron dentro de él cerraron la puerta para evitar que nadie pudiera sorprender lo que hablaban. Entonces el capitán le dijo a Denham :

Hemos llegado adonde usted quería... Al oeste de Sumatra. Estamos ahora lejos de toda ruta conocida... Yo nunca he navegado por aquí.

—¿Y ahora?—preguntó ansiosamente Denham.

—Ahora vamos hacia el Suroeste, pero por ahí no hay tierra alguna.

Denham sacó un mapa que llevaba consigo y lo extendió ante el capitán, al mismo tiempo que le decía :

—No se precipite. Aquí está la isla que buscamos. Busquémosla en este mapa.

—Es inútil—objetó el capitán—. Nadie ha visto esa isla.

—Sí que la han visto—insistió Denham—. La vió únicamente un capitán noruego.

—Bromearía.

—Nada de broma—respondió seriamente el director—. El capitán recogió un náufrago en una piragua... un salvaje de la isla que buscamos... El salvaje murió, pero no sin dar antes al capitán detalles de la isla...

—¿Y usted...?

Yo conocí a ese capitán en Singapore y él, me dió este plano de la isla.

Fué indicando el plano que había extendido ante el capitán y Driscoll, que oían atentamente sus explicaciones y siguió diciéndoles:

—Aquí hay una península arenosa rodeada de arrecifes. El resto de la costa es acantilada, inaccesible y la península está guardada por una enorme muralla.

—¿Una muralla?—preguntó con cierta incredulidad el capitán.

—Sí—volvió a decir el director—. Una muralla tan antigua, que nadie sabe quién la construyó.

Los dos marinos seguían las explicaciones del director con vivo interés. En sus semblantes se reflejaba la curiosidad que les producía aquellas explicaciones y Denham, dispuesto a darles todos los detalles que tenía de aquella tierra siguió diciéndoles:

—Esa muralla es hoy tan fuerte como hace siglos. Los indígenas la necesitan, para defenderse de algo que hay al otro lado de la muralla y que ellos temen.

—¿Alguna tribu enemiga?—preguntó el capitán.

—No creo que sea eso—le respondió Denham—. ¿Usted no ha oído en alguno de sus viajes por estas islas, hablar de Kong?

—Sí—respondió el capitán—. Es una superstición indígena... Una especie de espíritu.

—Pues Kong es un ser monstruoso... ni hombre, ni bestia. Todavía vive sumiendo a los moradores de la isla en un terror mortal.

—¿Y usted cree eso?—preguntó Driscoll.

—Claro que sí. En toda leyenda hay algo de verdad y en esa isla tengo la seguridad de que hay algo que ningún blanco ha visto.

—¿Y usted espera fotografiarlo?

—¡Si está allí, lo retrataré!—exclamó convencido el director—. A eso precisamente hemos venido.

—¿Y si a él no le gusta retratarse?—preguntó burlonamente el contramaestre.

—Si es un monstruo, como espero, cuyas fuerzas sean superiores a la de los hombres, recuerde que para eso vamos provistos de ciertas bombas de gas...

Los dos marinos se quedaron mirándose, como si no dieran fe a las palabras del director, y éste sin querer discutir con ellos salió nuevamente.

PREPARANDO EL FILM

Sobre la cubierta del barco estaba ya Ana esperando la llegada del director, mientras que algunos marineros andaban por allí para ver lo que iban a hacer. Driscoll se había subido al puente, para desde lo alto presenciar las pruebas de Ana y con él estaba también el chino.

Denham llegó hasta donde estaba la cámara y la preparó para empezar el rodaje. Ana, colocada frente a él, se hallaba vestida con una de los trajes que le había comprado Denham y le preguntó al verlo:

—¿Qué hago?

—Empezaremos por el perfil—le dijo el director—. Manténgase inmóvil un minuto, y vuélvase lentamente hacia mí.

Ana fué haciendo lo que le había

ordenado el director, mientras éste hacía funcionar la cámara, hasta que le dijo nuevamente:

—Ahora sonríe un poco, luego haga como que escucha y sonría de nuevo.

Fué haciendo todas aquellas indicaciones que le dictaba Denham y el chino le dijo riendo a Driscoll:

—Parecen tontos... ¿Querrá retratarme a mí?

—No creo—le dijo riendo Driscoll. —Estropearías la máquina.

—Muy bien—exclamó Denham, después de aquellas pruebas—. Ahora una prueba más.

—Pero, ¿usted fotografía sus películas?—preguntó extrañada Ana, al no ver ningún ayudante al lado de Denham.

—Sí—le dijo éste—, desde cierto viaje a África. Mi cameraman se negó a «tomar» la embestida de un rinoceronte... Temió que el animal le matara, antes de que yo diera fin de él...

Otra vez preparó la máquina y le dijo:

—Ahora mire hacia abajo y luego levante lentamente la cabeza...

Ana paulatinamente fué levantando la cabeza, mientras que el director seguía dándole instrucciones y diciéndole:

—Usted está tranquila... no espera ver nada... Limítese a escuchar... Vaya alzando la cabeza poco a poco... Todavía no ve nada... Ahora mire arriba, más arriba... ¡Ahora es cuando lo ve usted!... Se siente atónita!... ¡Espantada!... ¡Abra más los ojos! Lo que está usted viendo es horrible, pero no puede desviar la mirada... Se siente indefensa...

Ana, con una precisión que casi podríamos decir matemática, iba ejecutando cuanto le decía Denham, con gran satisfacción por parte de éste, que veía que la joven respondía a cuantos cálculos se había hecho. Luego volvió a decirle:

—Usted sabe que sólo podría salvarse gritando, pero no puede, el miedo ahoga sus gritos... ¡Intente usted gritar, pero sin hacerlo!

Ana, con una cara en la que se

expresaba un terror inmenso, no dejaba de mirar hacia aquel ser imaginario y se esforzaba por gritar sin pronunciar el más leve ruido.

—¡Cúbrase los ojos, Ana, y grite de verdad ahora...!

—¿Qué querrá que vea?—preguntó el chino, cada vez más interesado en aquellos ejercicios.

Ana, entretanto, lanzaba agudos gritos de terror y cayó de rodillas con el pelo suelto presa de un pánico horrible. La prueba duró algunos segundos, hasta que el director exclamó:

—¡Admirable!...

—Cree usted que sirvo?—preguntó Ana.

—Ya lo creo que sirve usted—respondió el director—. ¡Es usted una actriz admirable! Estoy seguro de que después de nuestro film, las empresas se disputarán su contrato.

Algunas horas después el capitán le decía a Denham:

—He comprobado nuestra posición... Debemos estar cerca del lugar que indica el mapa. Esta maldita niebla es la única cosa que me preocupa. Si no vemos la isla pronto es que no existe.

En aquel instante, el marino que se hallaba a la proa del barco, sondando la profundidad gritó:

—¡Fondo a treinta brazas!

—¡Hemos disminuido!—exclamó

alegremente Denham—. El capitán noruego no mintió.

—¿Será ésta la isla?—preguntó el capitán.

—Lo dirá la montaña—le contestó Denham, que febrilmente miraba hacia lo lejos, sin que la niebla le dejase ver nada.

—¡Ah, sí!—replicó el capitán—. Se refiere usted a la montaña de la calavera.

—¡Decrece la profundidad!—gritó el marino de proa.

El capitán dió orden de aminorar la marcha y el barco se deslizó parsimoniosamente sobre las aguas avanzando con una lentitud desesperante.

—¿Por qué no esperamos?—preguntó el contramaestre al capitán, en un momento en que no le oía Denham.

—Porque ese loco insiste en seguir adelante.

—¡Escollos a proa!—gritó de nuevo el marino.

—¡Larguen anclas!—ordenó el capitán.

Inmediatamente las anclas fueron arrojadas al mar y el barco quedó inmóvil.

Cuando terminaron aquellas operaciones y el silencio se adueñó otra vez del barco, hasta ellos llegaron el ruido lejano de unos tambores que hizo exclamar a Denham:

—¡Oye ese ruido?... No es de las

olas, sino de tambores... Es preciso desembarcar.

El capitán miraba con los catalejos hacia la playa que había a unos cuantos metros de distancia y Denham le preguntó:

—¿No ve a nadie todavía, capitán?

—Ni un alma—respondió éste—. Yo creí que los indígenas saldrían a la playa a vernos...

—Tal vez esos tambores son señales... ¿Me cree ahora, capitán?

Cuantos formaban la tripulación del barco sentían en aquel instante la emoción propia del momento. Sabían que iban a ver lo que jamás hombre alguno civilizado había visto. Ante ellos tenían una tierra desconocida, una tierra en la que la civilización no había entrado, por creerse todavía inexistente.

El ruido de los tambores seguía cada vez más intenso, aun cuando no indicaban acercamiento alguno.

Denham, que miraba con los catalejos, se los entregó al capitán diciéndole:

—¡Vea!

El capitán miró hacia el lugar donde le indicaba el director y vió una gran muralla que separaba el poblado del exterior de la península. Había en el centro de ella una inmensa puerta, de unos trece metros de alto por diez de ancha, y se

hallaba cerrada con un madero de gran tamaño. Indudablemente para abrir aquella puerta hacia falta el esfuerzo de verdaderos titanes. Detrás de aquella puerta, aparecía una montaña, donde había enclavados dos grandes pilares cuyas puntas remataban en una calavera cada uno. El capitán, al ver todo aquello, exclamó emocionado:

—¡La montaña de las calaveras!... ¡La muralla!...

—¿Desembarcamos ya?—preguntó impaciente el director.

—Vamos—le dijo el capitán, que también sentía curiosidad por saber de qué se trataba.

—¡Que nos acompañen doce marineros, capitán!—ordenó el director—. Uno que lleve las bombas, por si nos hacen falta. Usted nos hará de intérprete.

—¿También voy yo?—preguntó Ana.

—No debiera ir hasta que explorremos—exclamó el contramaestre—. Puede haber algún peligro.

—Claro que vendrá—respondió el director.

—¡Eso es una locura, quererla exponer de esa forma!—protestó Driscoll.

—¿Quién manda aquí?—exclamó excitado Denham—. Yo nunca emprendo una aventura sin mi cámara

y sin mis artistas.—Y volviéndose al capitán le dijo:

—Distribuya las armas y municiones...

Los hombres designados para desembarcar con los oficiales, el director y Ana, fueron a recoger los fusiles que se hallaban en las bodegas y corrieron hacia los botes.

La operación de lanzar éstos al agua fué cuestión de unos minutos y poco después se dirigían hacia la playa de aquella isla misteriosa, que nadie había explorado hasta entonces.

Cuantos iban en la frágil embarcación no apartaban la vista de aquel trozo de tierra que ocultaba el otro lado de la península y cada uno empuñaba el arma, dispuesto a hacer uso de ella en cualquier momento.

Indudablemente la aventura no podía ser más emocionante y a medida que se iban acercando mayor era la emoción que de ellos se iba apoderando.

Por fin llegaron a la orilla y saltaron del bote que los conducía. Denham se apoderó de la cámara cinematográfica, mientras que otro se hacía cargo de las bombas.

Sobre la arena de la playa había varias embarcaciones rarísimas, y Ana, fijándose en ellas, le dijo a

Driscoll, de cuyo lado no se apartaba:

—¡Qué embarcaciones más raras!

—Son piraguas—le dijo el contramaestre.

—¡Que guarden el bote dos hombres, hasta que regresen!—ordenó Denham, iniciando la marcha hacia el poblado.

Al poco tiempo de andar, advirtieron que todos los indígenas estaban congregados junto a la puerta de la gran muralla y el capitán se lo advirtió así a Denham, que contemplando aquella verdadera obra de arte le dijo:

—¿Qué le parece esa muralla?

—¡Colosal!—exclamó el capitán admirado—. Parece egipcia... ¿Quién la construiría?

—Nadie lo sabe. Es como la Angkor, que nadie sabe quien la construyó.

Siguieron avanzando, procurando no llamar la atención de los indígenas, y a medida que se acercaban Denham sentía mayor emoción, hasta que finalmente le dijo al capitán que iba junto a él:

—Es una suerte... ¡Voy a hacer una cinta enorme!

Por fin llegaron a una distancia prudencial. Gracias a unas gigantescas matas que había allí pudieron ocultarse y esperar el momento oportuno para presentarse.

Los indígenas, entretanto, seguían gritando y bailando furiosamente, alrededor de una muchacha, que adorada con sus mejores joyas se hallaba de rodillas en el centro de las danzarinas.

La pobre indígena lloraba amargamente, mientras que los otros, dando muestras de una inconsciencia salvaje, seguían en sus danzas.

Detrás de la joven, en una especie de trono, había un salvaje con los atributos de jefe de tribu y era el único a quien se le podían oír algunas palabras, puesto que cuando él hablaba, los demás callaban.

—¿Oye lo que dice?—exclamó nervioso el director—. Dicen Kong. Fíjese y lo oirá claramente.

El capitán prestó atención y, en efecto, oyó al jefe que de cuando en cuando gritaba:

—¡King-Kong!... ¡King-Kong! Luego volvían a reanudarse los cantos y los bailes, y el ruido ensordecía y atronaba el espacio.

—¿Los entiende, capitán?—le preguntó el director Denham.

—Todavía no—respondió éste—, pero parece que hablan un dialecto del archipiélago de Nias.

Ana miraba también cuanto pasaba y sentía que sus nervios estaban en una tensión como jamás la había experimentado. Sin poder ocultar la

admiración que todo aquello le producía, le dijo a Driscoll:

—¡Esto es emocionante!

—Demasiado—respondió el marinero. Debió quedarse a bordo...

Denham se volvió a los que le acompañaban e indicando el espectáculo que ante ellos aparecía les dijo entusiasmado:

—¡Cuándo han presenciado ustedes cosa semejante en su vida!... ¡Esto es enorme! Si pudiera fotografiarlos...

Cogió la máquina y se adelantó a sus compañeros. Pero como para que el objetivo pudiera recoger toda aquella ceremonia tenía que salirse de las matas que les servían de parapeto, Denham no dudó y avanzó decidido hacia los salvajes unos cuantos pasos. Colocó la máquina en posición de rodar e inmediatamente comenzó a operar.

Apenas había empezado a fotografiar la ceremonia que ante ellos estaban celebrando los indígenas, cuando éstos se dieron cuenta de la presencia de aquellos seres extraños y terminaron sus ritos.

—¡Nos han visto!—exclamó Denham.

Todos intentaron esconderse tras las matas, mas el capitán, que conocía de sobras las características de aquellos pueblos, les dijo:

—Es inútil que se escondan... ¡Sal-

gan a la vista y así les demostraremos que no les tenemos miedo!

—¡Vámonos de aquí!—exclamó angustiada Ana, cogiéndose fuertemente al brazo de Driscoll—. ¡Yo tengo mucho miedo!

—Ya le dije que no debió venir... Las mujeres nunca quieren hacer caso de los buenos consejos.

Denham se volvió a todos los marineros que les acompañaban y les dijo enérgicamente:

—Tratemos de impresionarles y nada nos ocurrirá.

Luego se volvió al capitán y le dijo:

—Capitán, écheles un discurso, a ver si conseguimos entendernos y saber lo que hacen.

El jefe de la tribu de indígenas, rodeado de varios guerreros preparados con sus lanzas, avanzaba hacia donde estaban los blancos en actitud amenazadora. Mas al ver que tras Denham y el capitán había otros hombres, depuso aquella actitud y con arrogancia les dijo que se fueran.

Denham, que no entendía ni palabra de aquel dialecto, le preguntó al capitán:

—¿Qué nos dice?

—Dice que nos vayamos—respondió el capitán—. Casualmente habla un dialecto que lo entiendo...

—Pues dígale que eso no puede

ser... Que nos digan qué es lo que estaban haciendo.

El capitán se puso a parlamentar con el jefe de la tribu, sin que ninguno de los dos grupos llegaran a unirse y al cabo de un rato se volvió hacia Denham explicándole lo que había hablado con el jefe y diciéndole:

—Me ha explicado la danza que estaban ejecutando. Aquella muchacha que tenían en el centro es la que le destinan a King-Kong. Dice que todos los años, para aplacar la furia de la bestia, sacrifican a una de sus mujeres.

—¿Y por qué quiere que nos vayamos?—preguntó Denham.

—Porque dice que profanamos la ceremonia con nuestra presencia...

Mientras tanto, el jefe de la tribu o hechicero, que todo lo era el indígena, no dejaba de mirar a Ana. Esta, al darse cuenta de la atención de que era objeto por parte del indígena, se afianzó más en el brazo de Driscoll, como si tuviera miedo de que el indígena pudiera hacerle algo. Driscoll, por su parte, levantó el gatillo de su revólver y se preparó a disparar a la menor intención que hiciera el hechicero para apoderarse de Ana.

Pero el jefe volvió a parlamentar con el capitán y en sus ademanes y en sus palabras parecía exigir algo

que ninguno de ellos entendió, hasta que el capitán se lo explicó, diciéndoles:

—Habla de la mujer de oro... Parece que le gustan las rubias como Ana.

—¿Y qué piensa hacer con ella si se la entregamos?—preguntó Denham.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Driscoll alarmado, creyendo que la locura de aquel hombre podría llegar hasta el extremo de entregarle a la muchacha.

—¡Cállese, hombre! — exclamó Denham—. ¿No ve que todo es un ardor para enterarnos de sus costumbres?

El capitán volvió a hablar con el hechicero y al poco rato le dijo al director:

—Quiere a la muchacha para que sustituya a la indígena y entregársela a King-Kong. Dice que la comprará... Da seis de sus mujeres por Ana.

—Vámonos al barco, Ana—le dijo Driscoll—. Usted aquí peligra entre estos salvajes.

—Sí, es lo mejor—aconsejó el capitán—. Debemos marcharnos antes que nos corten la retirada.

—Bueno, pero dígales que volveremos mañana como amigos.

Y mientras el capitán traducía las palabras del director, Driscoll cogía

a Ana por la mano y se la llevaba, diciéndole:

—Vámonos, Ana, y no temas... Todo irá bien.

Pero la joven no podía ocultar su temor y en sus ojos y en su semblante se advertía el terror que experimentaba en aquellos momentos, hasta el punto de que Denham tuvo que decirle:

—Sonría y hable con Jac, Ana... Manténgase firme para demostrarles que no les tememos.

Y poco a poco, sin perder de vista a los indígenas y sin darles la espalda, para evitar cualquier ataque, fueron alejando hasta la playa donde habían dejado el bote. Embarcaron nuevamente en él y se dirigieron hacia el barco, que era el lugar que se les ofrecía más seguro para librarse de cualquier ataque de los indígenas.

Una vez dentro del barco, volvieron a oír los tambores y los cantos de los salvajes, demostrándoles que nuevamente habían emprendido sus ritos para entregar a la pobre muchacha al que ellos llamaban King-Kong y que tenían por un espíritu.

Ana no podía borrar de su mente la tremenda visión de aquella tarde. Los rostros pintarrajeados de los indígenas y su actitud amenazadora tenían intranquila a la muchacha.

Aprovechando la tranquilidad de aquella noche tropical, salió a cu-

bierta y recostada sobre la borda del barco contempló todo el mar, que se extendía ante ella, y la isla que habían descubierto, en cuyo interior había pasado unas horas verdaderamente angustiosas.

De aquél éxtasis en que se hallaba la sacó la voz de Driscoll, que le preguntó cariñosamente:

—¿Levantada aún?

—No tengo sueño—respondió sonriendo amorosamente ella—. Esos tambores me excitan los nervios.

—Denham no debió ordenarle a usted desembarcar—le dijo Driscoll. —Era demasiado expuesto.

—Es verdad—confirmó Ana—. Tuve mucho miedo. Si usted no hubiera estado a mi lado, creo que me habría desmayado.

—No fué usted la única que tuvo miedo, Ana—exclamó Driscoll—. También yo pasé un rato malo.

—¿Tenía usted miedo?—preguntó ingenuamente ella.

—Sí—respondió Driscoll—. Yo, que jamás he sentido miedo en mi vida, confieso que esta tarde lo tuve. Pero no fué miedo por lo que pudiera pasarme a mí; fué miedo por usted, por lo que le pudiera ocurrir...

Ana lo miró agradecida y le preguntó:

—¿Qué haremos ahora, después de lo que ha pasado?

—Eso es lo que me preocupa—replicó Driscoll—. Denham, en su afán de realizar el film, es capaz de pedir a usted un imposible...

—Mi deber de gratitud me obliga a obedecerle—repuso Ana.

—¡No diga eso!—exclamó indignado Driscoll—. Sería yo capaz de matarle...

Ana le tapó la boca con la mano y le atajó diciéndole:

—No diga eso... ¿Está usted loco?

—Me parece que sí—confesó Driscoll, que no podía ocultar por más tiempo el amor que en él había despertado la muchacha—. Cuando pienso en lo que pudo sucederle a usted, me parece imposible que permaneciera impasible...

—Así se habría usted librado de mí—le dijo ella bromeando.

Pero él, en aquella ocasión, no quería ocultar el amor que sentía por ella. Había llegado el momento de decir la verdad, de expresarle que la amaba y por lo mismo le respondió:

—No se ría, Ana... ¡Temo por usted!... ¡Además, le tengo miedo a usted!...

—¿Que me teme?—preguntó ella sonriendo—. ¿Por qué?

—Pues... porque... la amo, Ana. He procurado ocultarle mi amor, pero comprendo que es inútil seguir callando por más tiempo.

—¿Que me ama usted?—exclamó ella alegremente—. ¿No se acuerda que me ha dicho muchas veces que usted odia a las mujeres?

—Sí, pero... usted no es «las mujeres»... ¡Usted es Ana!

La muchacha lo miró fijamente. En sus ojos podía leerse claramente todo el amor que ella también sentía por el contramaestre. Era aquél el primer hombre que le ofrecía su amor desinteresadamente. Había advertido desde la primera vez que habló con él, que Driscoll era un niño grande, que sus sentimientos y sus pensamientos eran siempre de la mayor nobleza y por lo mismo la misma emoción que sintió cuando oyó que le confesaba su amor, hizo que no supiera qué responderle. Driscoll, tomando aquel silencio por otra causa, tal vez por rencor a cuanto él le había dicho sobre las mujeres, le suplicó:

—Ana... yo creo... supongo... quiero decir... usted no pensará tan mal de mí como yo de usted...

Ana seguía mirándole. La placidez de la noche tropical ejercía sobre ellos el encanto de un dulce misterio, de un poético bienestar, y sin que ninguno de los dos se diera cuenta, fueron acercándose, hasta que se encontraron el uno en brazos del otro. El contacto de sus cuerpos hizo brotar más fuerte la

chispa de aquel amor que vivía en sus corazones, y sus bocas se buscaron ansiosamente para libar en sus labios la dulzura de un beso apasionado.

En aquel momento, la voz de un marino le gritó desde lejos:

—Contramaestre, le llama el capitán. Dice que vaya usted al puente.

No por eso dejó Driscoll el abrazo en que tenía sujetada a Ana, sino que volvió a besarla otra vez, hasta que finalmente le dijo:

—Voy a ver lo que quiere el capitán y en seguida vuelvo.

—Yo te espero aquí—le respondió Ana.

Y recostada sobre la misma borda del buque, vió desaparecer a Driscoll, que iba a recibir órdenes del capitán del barco.

Entretanto, el capitán y Denham miraban al poblado, donde habían

encendido varias antorchas y ofrecía, desde lejos, un aspecto fantástico. Denham llamó la atención del capitán y le dijo:

—Mire, mire eso... Han encendido antorchas.

—¿Qué pasará?—preguntó intranquilo el capitán.

—Me gustaría tomar algunas escenas nocturnas—replicó el director.

El capitán se le quedó mirando asombrado y todo aquel asombro lo condensó en las siguientes palabras que le dijo al director:

—No delire usted, Denham... Sufre tuvimos de escapar vivos esta tarde.

Y nuevamente prestaron atención en lo que pasaba en el poblado en cuya colina la luz de las antorchas iluminaba toda aquella parte, dejando la playa completamente a oscuras.

Pero los salvajes, después de haber visto a Ana y llevados por su fanatismo, creyeron que King-Kong agradecería más aún la ofrenda que le hacían, si en vez de una indígena le entregaban a la muchacha de los cabellos de oro.

Comprendieron que los blancos jamás se desprenderían de ella y por lo mismo pensaron en el modo de obtenerla, fuese como fuese.

Dispuestos a ello, el hechicero reunió a los más atrevidos guerreros y les expuso la necesidad de ir al barco para raptar a la mujer de los cabellos de oro y llevársela a King Kong. Para ello idearon aquellas danzas de las antorchas, con lo cual conseguían llamar la atención de los blancos sobre la gran muralla y de-

jar en completa oscuridad la playa donde ellos tenían sus piraguas.

Hecha la elección de los hombres que debían formar la expedición, se deslizaron hasta la playa y montaron en sus piraguas, mientras en la muralla, los demás indígenas seguían sus danzas alumbrados por las antorchas.

Suavemente, sin hacer el menor ruido, las piraguas fueron deslizándose por las tranquilas aguas de aquella especie de bahía y fueron acercándose al barco, aprovechándose de la impunidad que les prestaba la oscuridad de la noche. Todos los tripulantes del barco, los que no dormían, se hallaban contemplando las luces del poblado y por lo mismo no se dieron cuenta de que

EL RAPTO

por el otro lado del barco los indígenas se iban acercando a la embarcación.

Precisamente en este lado fué donde quedó Ana esperando el regreso de Driscoll sin sospechar nada de lo que estaba ocurriendo tan cerca de ella. Cuando más confiada estaba, sintió que una mano le tapaba la boca, para impedir que gritase, al mismo tiempo que la levantaba en alto. Miró hacia el que de aquella forma la trataba y quedó muda de terror al ver que eran los indígenas. Los rostros de aquellos salvajes demostraban una alegría feraz, por haber conseguido su objeto con tanta facilidad, mientras la infeliz muchacha se debatía inútilmente para librarse de sus raptos.

Pero sus fuerzas eran insuficientes para contrarrestar la de ellos. En sus manos, Ana era un simple juguete que los indígenas podían manejar a su antojo y por lo mismo en pocos segundos se vió transportada a una de las piraguas donde habían venido los indígenas.

Todavía en ella siguieron tapándole la boca para impedir que pudiera demandar auxilio, y Ana, con la vista aterrada, miraba cómo iban separándose del barco donde quedaban sus amigos, para quedar a merced de aquellos salvajes.

Pero las fuerzas le faltaron últi-

mamente, sintió que todo daba vuelta a su alrededor y quedó desmayada sobre la piragua donde era conducida.

En el barco nadie se había dado cuenta de lo que había ocurrido, y cuando Driscoll volvió en su busca, quedó sorprendido de no encontrarla allí. Buscó por todas partes y viendo que no la hallaba creyó que se habría ido a dormir, toda vez que él había tardado en regresar.

Llegó a la puerta de su camarote y desde fuera llamó varias veces sin obtener respuesta alguna. Hizo más fuerte su llamada y le gritó desde fuera:

—Ana, ¿estás ahí?

El mismo silencio siguió a sus palabras, y entonces, sintiendo cierta alarma, se decidió a abrir la puerta y entrar en el interior del camarote. La cama permanecía intacta, señal de que Ana no se había acostado, y esto lo intranquilizó más, aunque, como es natural, nada podía sospechar de cuanto había ocurrido.

Salió nuevamente a cubierta y le preguntó al chino que se encontró inmediatamente:

—¿Has visto a la señorita?

El chino, que no las tenía todas consigo, puesto que ya se sabe el miedo y la superstición de esta gente, le respondió:

—No la he visto hace dos horas...

A mí no me gusta esto... ¿Por qué no nos vamos?

La intranquilidad de Driscoll fué en aumento a medida que se iba dando cuenta de que Ana no aparecía por ninguna parte. Corrían los hombres de un lado al otro del barco buscando a la muchacha, sin, como es natural, dar con ella, hasta que, de pronto, el chino empezó a gritar:

—¡Los negros!... ¡Los negros!...

Driscoll corrió adonde estaba el chino y le preguntó:

—¿Qué dices?

—¡Que han sido los negros los que se la han llevado!—respondió el chino—. Mire lo que he encontrado aquí.

En efecto, el chino había encontrado en el mismo sitio donde había estado Ana momentos antes, un collar de uno de sus raptos. En la breve lucha que la joven había sostenido con ellos, le había arrancado a uno de los negros un collar y lo había tirado al suelo para que sus amigos pudieran saber dónde estaba y fueran en su auxilio.

—¡Hay que ir en auxilio de Ana! —exclamó Driscoll—. ¡No podemos permitir que esos indígenas la entreguen a ese King Kong de que hablaban.

—Inmediatamente saldremos en su busca—ordenó el capitán.

Se dió la voz de alarma y todo el mundo corrió para apoderarse de los rifles y salir en auxilio de la infeliz joven.

Mientras tanto, ésta había sido conducida al poblado, entre cantos y danzas. La ofrenda que aquel año iban a hacer los indígenas era muy superior a cuantas habían hecho hasta entonces y ello dió motivo a que los cantos fueran más y aumentara el número de danzarinas.

Como es natural, Ana, presa de un pánico imponente, se debatía con todas sus fuerzas para librarse de los indígenas. Para evitar que pudiera huir durante todo el tiempo que duraba la ceremonia, dos indígenas la tenían cogida por los brazos y la habían obligado a arrodillarse en el centro del círculo que formaban las danzarinas. La pobre muchacha veía todo aquello y se daba cuenta de que le esperaba un fin horrible, algo monstruoso que ni su misma imaginación era capaz de concebir.

Las puertas de la gran muralla permanecían cerradas, y el hechicero, subido en lo alto de la muralla, de cuando en cuando pronunciaba el nombre de King Kong y los indígenas volvían de nuevo a renovar sus cantos religiosos.

Este suplicio duró cerca de una hora hasta que finalmente un griterío infernal anunció a la joven que

aquella ceremonia daba su fin. Lo que iba a ser de ella loería en aquel instante, pues vió que las danzarinas dejaban de bailar y que otros dos hombres provistos de cuerdas se acercaban a ella.

En los ojos de la infeliz criatura se expresó todo el espanto que sentía en aquellos instantes. Era imposible expresar mayor angustia que la que Ana expresaba en aquellos momentos.

El hechicero extendió el brazo hacia la enorme puerta que servía para cerrar la muralla que separaba el poblado indígena del exterior de la isla y entre varios hombres descorrieron la tranca que cerraba las dos hojas de la puerta.

Una idea del peso que debía tener aquella puerta la daba el que para moverla y conseguir abrirla se necesitaron más de cien hombres que empujándola fuertemente consiguieron al fin abrirla de par en par.

Una vez franqueada la salida al campo, los dos hombres que sujetaban a Ana la obligaron a salir fuera. La muchacha se tiró al suelo para no ir, y entonces, sin contemplación alguna, arrastrándola cruelmente, la llevaron hasta la muralla de la calavera. En su parte alta, donde había enclavados dos grandísimos pilares, quedaba un espacio suficiente para introducir una persona y allí

colocaron a la muchacha, atándola fuertemente para que no se pudiera marchar. Una vez hecho esto, entre un griterío infernal volvieron al poblado, cerrando otra vez la puerta de la muralla y dejándola completamente sola.

Luchaba y hacía esfuerzos titánicos para romper sus ligaduras, pero todo era inútil. Los indígenas la habían atado de manera que le era casi imposible hacer ningún movimiento. Al quedar sola, Ana empezó a gritar desesperadamente, llamando a Driscoll, esperando que de un instante a otro llegase en su auxilio.

Mas de pronto, sus gritos quedaron apagados ante un rugido enorme que atronó todo el valle. Parecía como si una legión de guerreros con sus armaduras se dirigiesen hacia donde estaba ella. Sintió la joven recorrer por todo su cuerpo un escalofrío de terror y el rugido resonó nuevamente más cercano.

Vuelta de espaldas no podía ver lo que motivaba aquel rugido, ni el animal que lo lanzaba, pero los indígenas, desde lo alto de la muralla, vieron acercarse al monstruo a quien ofrendaban la muchacha.

Era King Kong, un imponente gorila de unos catorce metros de alto por siete de grueso. Sus dimensiones eran enormes y su aspecto terrorífico. Abría la boca lanzando aque-



- Vámonos al barco, Ana. Usted aquí peligra entre estos salvajes.

■ ■

- Pues... porque... la amo, Ana.



Un enorme animal,
perteneciente a la
familia de los bron-
tosauros...



Con los ojos desen-
cajados presenciaba
aquella escena.



- ¡Nos ha visto!



- Huyamos
enseguida.



Aquellas puertas
enormes resistían
sus acometidas.



Apareció King-
Kong lanzando
rugidos.



- Ya nada tienes
que temer.



Denham, pro-
raba imponerse!



Ana, parecía una muñeca en sus brazos.



Amenazaba a los que le miraban aterrados.



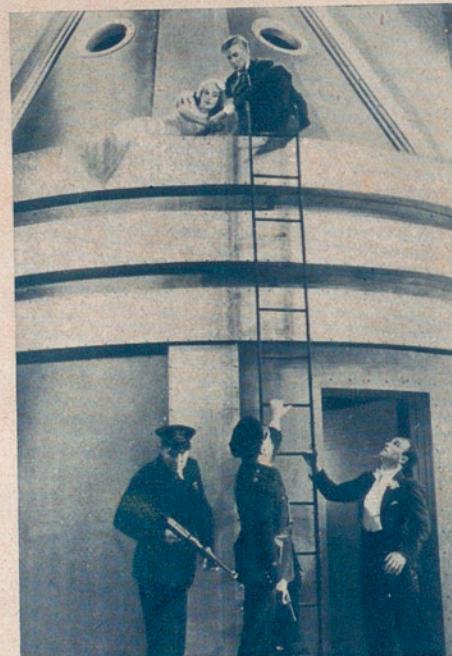
Su aparición en la calle fue algo imponente.



La muchacha suspcionada por la terrible visión.



Los fotógrafos comenzaron a tirar placas.



Se apresuró a recoger a la joven.

los rugidos de júbilo, ante la presa que le brindaban, y en aquella boquaza de dientes descomunales cabía entero un hombre. Sus manos eran también enormes y de tal proporción que un ser humano puesto en ellas parecía un frágil muñeco.

Fué acercándose pesadamente hacia donde estaba la muchacha y al llegar a ella se golpeó repetidamente el pecho con sus manazas para demostrar su contento, mientras lanzaba rugidos y miraba a los indígenas que, atónitos, le miraban hacer.

Con rapidez, desprendió a la joven de las ligaduras que la ataban a los pilares y se apoderó de ella.

Ana, al ver al monstruo, se desvaneció de espanto, y con la misma facilidad que una persona transporta un lápiz, así King Kong cogió a la muchacha.

Una vez ésta en su poder, se la quedó mirando curiosamente. Sin duda extrañaba aquella figura que él jamás había visto y que le llamaba poderosamente la atención.

Ana, entre sus dedos, permanecía inmóvil, sin dar señales de vida. La emoción sentida era tal, que había quedado como muerta en poder de aquel monstruoso animal que, indudablemente, debía pertenecer a tiempos prehistóricos.

Saltando alegremente, igual que al niño que se le ha hecho entrega de

un juguete, se llevó a la muchacha hacia el interior de la selva de la isla, mientras los indígenas, terminada ya por completo la ceremonia, se alejaban de la muralla y se encerraban en sus chozas.

En el barco habían sido ya lanzados los botes al agua y varios marineros dirigidos por el capitán, el contramaestre y el director, se dirigieron a la playa con el propósito de rescatar a Ana.

Cuando llegaron a ella, ya no encontraron en la muralla a ningún indígena. Buscaron inútilmente y Driscoll exclamó:

—Debe estar fuera de la muralla.

—¡Abrid las puertas! —ordenó el capitán.

—¡Arriba todos a descorrer la tranca! —les ordenó Denham.

Todos se dirigieron a la parte alta de la muralla y tras no pocos esfuerzos consiguieron descorrer el enorme tronco que servía de cerrojo a las dos puertas. Luego, entre todos consiguieron abrir un poco una de las hojas de la puerta y por allí salir al campo.

El director llamó al capitán y le ordenó:

—Usted quédese a guardar la puerta, para que no nos la cierren los indígenas. Nosotros y doce marinos más iremos a explorar la selva.

Directamente se dirigieron a la

montaña de la calavera y allí vieron trozos del vestido de Ana y las cuerdas rotas. Esto les hizo sospechar que allí había estado la muchacha y que se la habría llevado el monstruo de que hablaban los indígenas. Siguiendo las huellas de King Kong, se pusieron en su persecución, y al cabo de unas horas, Denham exclamó desalentado:

—¡Quién sabe por dónde habrán ido!

—¡Pasó por aquí!—exclamó Driscoll. Vea estas ramas rotas.

Denham comprobó lo que le decía el contramaestre y siguieron el curso que marcaban las huellas del monstruoso animal.

Este, mientras tanto, llevando consigo a Ana, como si fuera una muñequita, avanzaba hacia su guarida sin pensar que iban tras él dándole caza.

Poco a poco, las tinieblas de la noche iban desapareciendo y una tenue claridad alumbraba el campo.

—Ya pronto amanecerá—exclamó Denham.

—Sí, ya cantan los pájaros—repuso un marino. Está amaneciendo.

Las huellas de King Kong se hicieron más visibles y ante lo enormes que eran, Denham no pudo menos que exclamarse, diciendo:

—¡Qué huellas!... ¡Debe ser grande como una torre!

Siguieron adelante, sintiendo todos la emoción que les producía aquella caza a la que se habían entregado.

Mientras caminaban, Denham iba pensando en lo que había leído en ciertos libros de aventuras, y confrontando aquellas leyendas con lo que actualmente estaba pasando, veía que no eran tan ilusiones como él las había creído. La existencia de King Kong venía a demostrarle que aun existían en ciertos lugares desconocidos para la civilización moderna, un mundo desconocido, un mundo donde todavía existían aquellos monstruos antediluvianos, aquellos animales gigantescos que debieron existir anteriormente a la inundación del mundo. Y si esto era cierto, no lo era menos, tampoco, que aquella isla era precisamente uno de esos lugares donde dichos animales aun existían. Toda aquella especie animal de los que únicamente se habían encontrado fósiles en algunos puntos, existían y precisamente existían en aquella isla. King Kong debía ser uno de aquellos supervivientes, uno de aquellos gigantescos seres cuyos raros esqueletos se conservaban cuidadosamente en los museos naturales como prueba de que anteriormente existió una generación distinta a la actual. Sin embargo, los marineros y Driscoll no pensaban en

nada de aquello. Desconocían todas aquellas historias y solamente pensaban en encontrar a la muchacha para librárla del poder de la bestia.

nada de aquello. Desconocían todas aquellas historias y solamente pensaban en encontrar a la muchacha para librárla del poder de la bestia.

De pronto, un ruido enorme se dejó sentir. Se oyó crujir ramas y los expedicionarios se aprestaron a la defensa.

Todos creyeron que habían dado ya con el animal que había capturado a Ana. Mas esta creencia pronto quedó descartada al ver avanzar hacia ellos a un animal extraño. Tenía el mismo aspecto del jabalí, si bien sus dimensiones podían multiplicarse por varios cientos de veces. En la parte alta de su lomo había unas enormes aletas, y su cola, a diferencia de la del jabalí, era larga y gruesa y media unos quince metros. Su boca era tremenda y con facilidad pasmosa podría destrozar a un hombre de un solo bocado. Imponía aquella bestia y su visión dejó atóntitos a cuantos la vieron.

Afortunadamente, el animal no se había dado cuenta de la presencia de los expedicionarios, y Denham, imponiéndose al pánico que había producido la aparición del animal, les ordenó:

—¡Quietos todos!... ¡Todavía no nos ha visto!

Pero el animal avanzaba en dirección adonde estaban ellos y gracias a unos arbustos podían permanecer

ocultos. Sin embargo, aquella situación no podía durar mucho, pues dentro de pocos minutos, el animal habría avanzado hasta donde estaban ellos. Las consecuencias que esto podía traer no eran difíciles de suponer y todos comprendían que si el raro ejemplar los descubría, la muerte era segura.

Denham, dando una muestra de serenidad escalofriante, se acercó al marinero que llevaba las bombas de gas y le dijo:

—¡Venga una bomba!

Le entregó el marino la bomba que le pedía y se adelantó un poco hacia el animal. Este lo vió y al descubrirlo se lanzó sobre él ferozmente. Al mismo tiempo, Denham arrojó la bomba sobre el antediluviano y el humo que produjo hizo que aquél cayera al suelo narcotizado.

Los marinos, al verlo tendido, corrieron hacia él y Denham los detuvo diciéndoles:

—¡Cuidado!... ¡Aun vive y podría atacarnos!... ¡Ahora hay que hacer fuego contra él!

Una lluvia de balas cayó sobre el cuerpo del animal que, sintiendo el dolor, se revolvió en convulsiones enormes, dando enormes saltos para poder incorporarse. Una nueva descarga dió fin a su vida y entonces pudieron acercarse más tranquilamente adonde estaba.

A pesar de estar tendido, su altura era superior a la de un hombre, de donde puede colegirse fácilmente las enormes proporciones que tendría.

Driscoll, curiosamente, le preguntó al director:

—¿Qué animal es éste?... No lo había visto en mi vida.

—Debe ser de la familia del dinosaurio — respondió Denham—. Esta es una bestia prehistórica.

—¡Qué tamaño más enorme! — exclamó un marino—. Si pudiera comerse, serviría para alimentar a una ciudad entera durante más de un día.

Un nuevo ruido llegó hasta ellos y todos se pusieron en guardia temiendo que fuese otro de aquellos animales.

Denham, sin embargo, llamó la atención de Jack Driscoll y le dijo:

—¿Ha oído eso, Jack?

—Sí. ¿Qué será?

—Mire para allí y se dará cuenta perfecta.

Driscoll miró hacia el lugar que le indicaba el director y quedó maravillado ante la visión que se ofreció a su vista.

King Kong, el enorme gorila, cuya altura era igual a la de los árboles y en muchos casos superior, caminaba a unos cuantos cientos de metros ante ellos.

—¡Es él! — exclamó emocionado Driscoll—. ¿Y Ana, qué habrá hecho de Ana?

—Mírela — respondió Denham—. ¿Ve aquello que lleva en la mano que parece un juguete?

—Sí — respondió Driscoll.

—Pues es Ana. Sin duda la lleva para su escondite. Hay que seguirlo, pero con gran cautela.

Emprendieron nuevamente la persecución del enorme gorila que, confiadamente, seguía hacia un gran pantano que había en el centro de la isla.

LA SITUACION DE ANA

La situación de Ana no podía ser más desesperada. Se hallaba en poder de un monstruo contra cuya fuerza no había nada que pudiese oponerse. En sus manos era ella un simple juguete y bastaba que él apretase un poco su cuerpo para que toda ella quedase despedazada. Pero lo que más imponía era el rostro de aquel animal, aquellos ojos que parecían despedir fuego, y aquella boca, que al abrirse parecía la puerta de una enorme caverna resguardada por los fieros guardianes de sus dientes. Conforme iba caminando King Kong, Ana iba dándose cuenta de la fuerza extraordinaria de aquel ser, para quien no había obstáculo. Rompía los árboles con una facilidad pasmosa, con igual facilidad que un hombre puede romper

una débil caña, y sus pies, al posarse sobre el suelo húmedo, dejaban una huella mucho mayor que si se tratase de la de un elefante gigante.

King Kong, de cuando en cuando, levantaba el brazo donde llevaba a la joven y la miraba curiosamente, luego se golpeaba el pecho con la otra mano y lanzaba rugidos, que indudablemente debían ser de júbilo.

Así llegó hasta un inmenso pantano, más bien podía decirse que aquello era un lago enorme, ya que su profundidad era mayor que la altura del gorila. Este, sin embargo, no dudó en adentrarse en él y, levantando el brazo donde llevaba la muchacha, nadó con el otro hasta conseguir la orilla opuesta.

Apenas había pasado, cuando lle-

garon los expedicionarios al otro lado del pantano, y Denham, fijándose en las huellas del gorila, dijo a Driscoll:

—Aquí están sus huellas... Ha atravesado el pantano.

—No es posible—respondió el contramaestre—. Este pantano tiene una profundidad mayor.

—¿Y qué tiene eso de particular? —exclamó Denham—. ¿Olvida usted que todos los cuadrumanos son excelentes nadadores?... Ahora, que nosotros no podemos echarnos a nadar... Inutilizaríamos las bombas.

—Haremos una balsa y atravesaremos así el pantano... Sería inútil pretender ahora ir por otro camino.

Inmediatamente se pusieron todos a construir la balsa aprovechando la cantidad de cañas que había en las orillas del pantano, y al cabo de dos horas quedaba construída una balsa suficiente para ser transportados los catorce hombres que componían la expedición.

Conforme se fueron internando en el pantano, iban prestando atención para ver si veían al monstruo, y el capitán le preguntó:

—¿Oye usted algo?

—No—respondió Driscoll—. Debe estar ya lejos de nosotros.

—No importa—exclamó Denham—. Volveremos a encontrar la pista.

La balsa seguía avanzando hacia

la otra orilla, puesta la atención de todos los ocupantes en aquella parte y por lo mismo nadie se dió cuenta de algo extraordinario que ocurría en el mismo lago.

Un enorme animal, perteneciente a la familia de los brontosauros, había visto a los expedicionarios y se preparaba a atacarlos.

Este animal tiene una construcción parecida al canguro, si bien sus proporciones son infinitamente mayores. Su cola suele medir, por lo general, unos diez metros; la anchura de su cuerpo sobrepasa, por lo general, los quince metros de circunferencia, y la cabeza dista del resto del cuerpo unos siete metros, que es la largura de su cuello. Es un animal anfibio, que lo mismo vive en el agua que en tierra, y su cabeza, que parece pequeñísima en comparación a las grandes proporciones del resto de su cuerpo, posee una boca en la que cabe un hombre atravesado. Su fuerza, como la de todos los animales prehistóricos, es descomunal y hasta tal punto llega, que le es fácil derribar un buque de un solo coletazo.

El brontosauro, al ver la balsa donde iban los expedicionarios, se sumergió en el agua y se dirigió hacia ella, sin que nadie se diera cuenta de su presencia. Cuando estuvo bajo la balsa, se levantó sobre sus

patas y la frágil embarcación fué lanzada al espacio con todos sus ocupantes, que de tan imprevisto modo se vieron dentro del agua. Comenzaron a nadar para mantenerse a flote, pero el terrible animal los iba cogiendo uno a uno y los tritaba entre sus dientes, lanzándolos luego a enorme distancia. Por más que procuraban huir de él, el brontosauro los alcanzaba y caían bajo su poder como víctimas inofensivas, que no contaban con ningún medio con que poder defenderse.

Driscoll y Denham, que nadaban apresuradamente para ganar la orilla opuesta, veían aquel horrible espectáculo y sentían todo el terror que en ellos producía oír como crujían los cuerpos de sus infelices compañeros entre las mandíbulas del feroz animal.

Solamente tres o cuatro marineros consiguieron escapar con Driscoll y Denham, los cuales se internaron por el campo, huyendo despavoridos.

Pero de pronto, cuando menos se lo pensaban, se encontraron con el enorme gorila que llevaba en su poder a Ana. La muchacha, al ver a sus amigos, lanzó un grito de espanto, y King-Kong, volviéndose a ellos, rugió ferozmente.

Fué un instante de pánico terrible. Aquellos hombres, cerca de King-

Kong, parecían pigmeos en comparación con la gigantesca estatura del simio.

Ante la proximidad del peligro, ante el temor de morir a manos de aquel animal, sin haber conseguido libertar a Ana, emprendieron de nuevo la huida en sentido contrario. Mas en su alocada carrera no se dieron cuenta de que el terreno estaba quebrado. Un abismo insondable había ante ellos, separando a dos montañas, y el único paso era un tronco corpulento de árbol, que sin duda los indígenas habían colocado allí para poder cruzar de un lado a otro.

Todos ellos se lanzaron a aquella especie de puente, único medio de poder atravesar el abismo y ponerse a salvo contra la acometida de King Kong.

Este, sin embargo, seguía persiguiéndolos y cuando vió que subían al tronco tendido entre las dos vertientes, colocó a Ana sobre la copa de un árbol y con sus hercúleas fuerzas levantó un lado del tronco para hacerlos caer al fondo del precipicio. La estabilidad en el tronco, más que difícil, resultaba imposible y pronto alguno de los que huían cayeron al fondo del barranco despedazándose contra las rocas que había abajo.

Driscoll y el director, aferrados a

aquel tronco, luchaban denodadamente por no desprenderse de él, seguros de que la menor vacilación les costaría la vida.

Pero King-Kong no cejaba en su empeño, cada vez con más furia agitaba el tronco para hacerlos caer hasta que finalmente el director fué lanzado al espacio, teniendo, no obstante, la fortuna de poder asirse a unas ramas y quedar suspendido en ellas.

Driscoll fué el único que quedaba en el tronco, y King-Kong, a pesar de haber dado fin a casi todos sus enemigos, seguía en su manía de librarse también de aquel otro. La infeliz muchacha lloraba amargamente al ver cómo iban desapareciendo los únicos que podrían librarla del poder de aquella fiera, pero su angustia era mayor aún al ver cómo su amado luchaba ante el furor de King-Kong. Comprendía que no tardaría mucho sin que también fuese desprendido del tronco y entonces todo habría acabado para ella.

Y tal como lo pensaba resultó, es decir, Driscoll no fué lanzado, sino que él mismo se arrojó, al ver en el centro de la montaña una abertura en la que podía guarecerse.

King-Kong, al ver que ya no quedaba ninguno, volvió a coger otra vez a Ana, pero antes de marcharse miró hacia el fondo del precipicio,

como si se quisiera asegurar de que habían muerto todos sus enemigos. Entonces vió a Driscoll y empezó a saltar rabiosamente. Dejó otra vez sobre el suelo a Ana y varias veces intentó apoderarse del contramaestre. Echado sobre el suelo, alargaba su enorme brazo para cogerlo, y Driscoll, con su cuchillo de monte, trataba inútilmente de herir al animal, que al sentir la punzada del arma que no podía traspasar su piel, retiraba la mano extrañado.

Mientras King-Kong se afanaba por apoderarse de Driscoll, apareció otro enorme animal, que al ver a Ana, se lanzó gritando sobre ella. Era un animal horrible, tenía la forma de un canguro gigantesco y su boca se abría descomunal como preparándose para triturar entre sus dientes el débil cuerpo de la muchacha. Ana, al verlo, lanzó un grito de espanto, y King-Kong, al oírlo, dejó a Driscoll para librar a la joven de la acometida de aquel otro monstruo.

Por la decisión de King-Kong se advertía que era uno de esos animales cuya fiereza no reconoce límites ni adversario. Como un huracán se lanzó sobre su enemigo y entre los dos se entabló una lucha mortal. Unas veces era King-Kong quien aparecía debajo del otro, y otras veces era éste quien tenía que sufrir

los golpes de King-Kong que caían sobre su cuerpo como mazazos imponentes.

Hasta el mismo Driscoll olvidó en aquellos instantes su comprometida situación para admirar aquella lucha de dos verdaderos titanes.

Los animales no cedían, ninguno de los dos se daba por vencido. Eran dos fuerzas que parecían equiparadas y por lo mismo la pelea iba tomando cada instante mayor emoción.

Por fin, King-Kong cogió en sus brazos al otro animal y lo lanzó contra el suelo para arrojarse sobre él, pero su enemigo, con una rapidez sorprendente, verdaderamente extraordinaria, debido a su corpulencia se levantó y acometió a dentelladas a King-Kong, que al recibir los mordiscos de su adversario, rugió fieramente, desesperado de no poder dar fin de él con la prontitud que hubiera querido.

Anita, con los ojos desencajados por el terror, presenciaba aquellas escenas, capaces de sobrecoger el ánimo más fuerte de cualquier mujer, pero después de cuanto le estaba pasando, la muchacha parecía insensible a cuanto ante ella se ofrecía.

Los rugidos de las dos bestias atronaban el espacio como si fueran tormentas que resonaran en las

montañas. Aquellas dos alimañas, a cuál más fiera y más valiente, no cedían un palmo, ninguno de los dos concedía la victoria a su enemigo y se adivinaba fácilmente que vencería el que consiguiera casualmente derribar al otro. Hubo un momento en que King-Kong pareció huir, pero sólo fué un instante, el preciso para tomar impulso y poder dar un salto formidable y caer sobre su adversario, que, sin poder resistir el peso de su contrario, rodó por el suelo, sin poderse librar de sus zarpazos. Extenuado, sin fuerzas para luchar más, quedó tendido en el suelo, y King-Kong, con ferocidad inconcebible, le metió las manos en la boca, cogiéndole la quijada inferior con una y la superior con la otra.

Hizo intención el otro de morder, pero King-Kong, fuertemente apoyado sobre sus patas, recobró mayor fuerza aún, y tal fué su esfuerzo, que a los pocos minutos la boca del otro monstruo quedaba desgarrada hasta el cuello y su cuerpo se estremecía entre los espasmos de la agonía.

Cuando lo vió vencido, King-Kong comenzó a golpearse el pecho y a saltar alegremente alrededor de su enemigo. Ya no se acordaba de Driscoll. Su instinto animal no era lo suficientemente agudo

para poder recordar lo que hacía un rato estaba sucediendo, y cogiendo de nuevo a Ana se la llevó otra vez hacia campo atravesado.

Driscoll, al verlo huir, salió de su escondite y, trepando por unas ramas, consiguió elevarse hasta donde estaba el monstruo que King-Kong acababa de matar. Permaneció durante unos minutos descansando. Eran tantas las emociones recibidas en tan pocas horas, que, a pesar de su valor, no podía evitar que sus nervios se hallasen en una excitación jamás experimentada.

Denham también pudo conseguir, valiéndose de otras ramas, llegar hasta donde estaba Driscoll, y al verlo le preguntó:

—¿Cómo ha podido librarse?

—Porque me escondí como usted. ¿Ha visto lo que acaba de ocurrir?

—Ya lo creo—exclamó admirado el director—. ¡Jamás presencie un espectáculo semejante!

—Ese King-Kong—siguió diciendo Driscoll—tiene la fuerza de cien hombres juntos...

—¡Cómo cogió a esta enorme bestia y la lanzó al aire!

Los dos quedaron contemplando el animal muerto, y Denham le dijo:

—Para mover este monstruo haría falta una grúa enorme.

—Es inaudito cuanto está ocurriendo—exclamó Driscoll—, pero hay que pensar en Ana.

—Cada vez se hace más difícil su situación—murmuró Denham.

—Sólo quedamos dos para salvarla... Usted debe correr a buscar las bombas. Siga el otro camino para no tener que atravesar el pantano.

—Pero yo no puedo dejarle solo—se opuso Denham.

—No le importe—insistió Driscoll.

—Yo seguiré el rastro, y quizás pueda rescatarla. Si no lo logro, avisaré, sea como sea.

—Creo que es peligroso lo que usted se propone—exclamó Denham.

—Es el único medio—insistió Driscoll—. ¡Váyase y llegue vivo!

El director se despidió de él profundamente conmovido. Los dos iban a correr el mismo peligro, puesto que los dos tenían que aventurarse en aquella selva, cuyos peligros ninguno podía prever.

HACIA LA GUARIDA DE KING-KONG

Escondiéndose entre las matas, arrastrándose otras veces, dejando adelantarse en otras al enorme gorila, Driscoll seguía a King-Kong en su marcha hacia la cúspide de aquella montaña que se elevaba en el centro de la isla. Poco a poco, el camino iba haciéndose más difícil. Enormes rocas cortaban en ocasión el paso y únicamente siguiendo las huellas del simio podía andarse por allí.

Driscoll, sin pensar en su vida, atento únicamente a la salvación de la mujer que amaba, seguía adelante sin detenerse.

King-Kong, por su parte, levantando en alto a Ana, como si fuera un juguete, continuaba hacia su guarida, como si aquella mujer le sirviese de entretenimiento.

La pobre muchacha se hallaba ya en un estado de completa insensibilidad. Ya ni gritaba ni protestaba, era un ser sin conocimiento de la realidad, entregado por entero a la fatalidad que la había colocado en aquella terrible situación.

Entretanto, Denham corría en dirección a la muralla para reunirse con el capitán y los demás hombres a fin de volver al barco y recoger algunas bombas con las que podría hacer frente a King-Kong.

Tras no pocos esfuerzos consiguió llegar a la puerta que separaba el poblado del exterior de la isla, y al verle llegar sólo, el capitán le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?... ¿Dónde están los demás?

En pocas palabras, Denham le re-

firió cuanto había ocurrido, y terminó diciéndole:

—¡Ese King-Kong es algo terrible... imponente!... ¡Para él, los hombres son como moscas!...

El capitán no pensaba entonces en King-Kong, sino en la tripulación que había perdido y se lamentó diciendo:

—¡Tantos hombres perdidos!... ¡Parece increíble!

—Driscoll avisará si encuentra a Ana.

El capitán movió pesimista la cabeza y replicó:

—Never más lo veremos.

—Yo tengo confianza en que todavía se salvará Driscoll. Es un presentimiento que no creo que me engañe.

—¿Y qué piensa ahora hacer?—preguntó el capitán.

—Creo que lo mejor es descansar esta noche y salir al amanecer en busca de ellos. Llevaremos varias bombas con nosotros y nos alejaremos cuanto podamos del pantano.

—¿Cree usted poder paralizar a ese monstruo con sus bombas?—preguntó el capitán.

—Si logramos que se acerque a nosotros, ya verá como sí—contestó seguro de lo que decía el director.

Volvieron a guardar silencio los dos hombres y al fin Denham le preguntó:

—¿Molestaron mucho los indígenas?

—Sí, pero bastó una descarga al aire para que huyeran despavoridos.

—Se comprende—explicó el director—. Estos hombres desconocen la pólvora y los disparos les habrán producido un pánico horrible.

—Huyeron aterrados y todavía andan escondidos—le dijo el capitán.

—Pero yo no las tengo todas conmigo.

—Lo mejor que debe hacer es montar guardia en la muralla, por si acaso viniesen Driscoll y Ana. Ya le he dicho que al amanecer volveremos a explorar la selva.

El capitán dió orden para que varios marinos montasen guardia en la muralla, mientras el director trataba de descansar un rato.

Lejos de allí, Driscoll seguía en su marcha a King-Kong. Este, sin soltar a Ana, continuaba subiendo por aquella montaña de picos inaccesibles, donde un paso en falso significaba la muerte.

Ajeno a la persecución de que era objeto, King-Kong caminaba confiado hasta que por fin llegó a lo más alto de la montaña. Driscoll, arrastrándose como un reptil, llegó a colocarse tras un peñasco y vió como el gorila dejaba a Ana en el suelo y miraba a uno y otro lado,

como si presintiese la presencia de un ser extraño.

Pronto se dió cuenta Driscoll de qué se trataba. Una enorme serpiente se deslizaba hacia la muchacha y King-Kong se lanzó sobre ella furibundo. Se veía en el gorila su intención de no dejar su presa por nada ni por nadie. El reptil, al sentirse cogido, se enroscó fuertemente en el cuello del gorila y éste abrió la boca sintiendo que le faltaba la respiración. No obstante, consiguió introducir una de sus manos entre el cuerpo del reptil y su cuello y se la desenroscó. Inútilmente trató de cogerla por la cabeza, puesto que la serpiente se escabulló de sus manos y otra vez le dió dos o tres vueltas al cuello.

Hay que advertir que aquel reptil tenía una longitud tremenda. Driscoll la calculó mentalmente y dedujo que su extensión sería de unos treinta metros de largo.

Seguía la serpiente enroscada en el cuello del gorila, que hacía esfuerzos desesperados por librarse de ella, mientras Ana miraba atónita la lucha de los dos animales. A pesar del espanto que en ella infundía la presencia de King-Kong, no era menor la que le producía el reptil, cuyos ojillos vivaces parecían despedir fuego. De cuando en cuando, un silbido agudo sonaba en el es-

pacio, lanzado por la culebra, y King-Kong reforzaba sus esfuerzos para librarse de aquel collar que lo estaba ahogando. Ya los ojos del enorme gorila empezaban a nublarse con los espasmos de la agonía, cuando rugió con todas sus fuerzas y llevándose las dos manos al cuello, consiguió aflojar el anillo que sobre él había formado la serpiente.

Cuando consiguió esto, extendió los brazos para obligar a su enemigo a estirarse también y lo lanzó con furia contra el suelo. El reptil quedó, a efecto del golpe, como amodorrado y King-Kong lo cogió por la cola y azotó con su cuerpo varias veces las peñas donde estaba subido, hasta que la serpiente quedó inmóvil y destrozada por efecto de aquellos golpes.

Indudablemente, la posesión de Ana no le era tan fácil a King-Kong, puesto que varias veces había tenido que luchar por ella. Pero así y todo, el gorila habría luchado infinitad de veces si la ocasión se le hubiera presentado.

Cuando dejó a la culebra muerta volvió otra vez al lado de Ana y tan oportunamente que la libró de otra muerte segura.

Por los huecos de aquellas peñas tenían sus nidos unos pajarracos tan enormes que con sus garras podían coger a una persona y llevársela fá-

cilmente. Uno de éstos fué el que se acercó a Ana y lanzándose sobre ella la arrebató en sus garras y ya estaba a punto de huir con ella cuando apareció King-Kong y pudo sujetar al pajarraco por un ala.

El pájaro, al ver que le arrebataban su presa, intentó, con el largo pico que tenía, acometer a King-Kong, pero a éste le fué fácil derribarlo. Una vez con él debajo, le abrió el pico y estirando de una y otra parte, tras no pocos esfuerzos logró rajarlo.

En este breve intervalo que duró la lucha de King-Kong con el pájaro, Driscoll se acercó cautelosamente a la joven y le hizo seña para que le siguiera. Ana, arrastrándose y haciendo el menor ruido posible, fué adonde estaba Driscoll, quien le dijo:

—Huyamos en seguida... Ya deben estar buscándonos.

Tuvo la joven ánimos suficientes para huir con Driscoll y ambos bajaron nuevamente al llano para ponerse a salvo y fuera del poder de King-Kong.

Mas éste, cuando se dió cuenta de que le habían arrebatado a la muchacha empezó a rugir desesperadamente y a correr de un lado para otro buscándola.

Por fin, en unos de sus saltos vió a los dos jóvenes que huían por el

valle y se lanzó tras ellos como una exhalación, dando rugidos.

—¡Nos ha visto!—exclamó angustiada Ana.

—No te desanimes—le dijo Driscoll—. Tenemos mucha delantera y tal vez podamos llegar al poblado antes de que nos acometa.

Siguieron su desenfrenada carrera cayendo ella muchas veces al suelo, pero una fuerza de voluntad extraordinaria le daba ánimos para seguir adelante.

Hubo un momento en que Ana se consideró impotente para seguir más y le dijo a Driscoll:

—¡No puedo, Jack!... ¡Es imposible que yo dé un paso más!

—Piensa que ya estamos cerca—la animó el contramaestre—. Dentro de media hora habremos llegado.

—No, no puedo—insistió ella—. Huye tú y déjame. Yo soy para ti un estorbo.

—Nunca haré eso—exclamó decididamente Driscoll—. ¿Crees que te he seguido para dejarte luego?... Si tú no quieras venir, aquí me quedaré para ser víctima de ese monstruo.

Esto fué lo que obligó a Ana a seguir el consejo de su novio y haciendo un nuevo esfuerzo siguió corriendo en dirección al poblado.

Los rugidos de la fiera se oían cada vez más cerca. A cada instan-

te temían verlo caer sobre ellos, pero Jack continuaba animándola hasta que dieron vista al cabo de una media hora la muralla del poblado.

—¡Ya estamos a salvo, Ana!—le gritó Jack—. Un poco más y estaremos libres de ese monstruo.

En efecto, desde la muralla los habían visto y abrieron las puertas para que pudieran entrar.

Inmediatamente de pasar ellos, volvieron a cerrar la puerta y Ana quedó desvanecida en el suelo.

Acudieron todos a prestarle auxilio y cuando consiguieron hacerla volver en sí, el director les preguntó:

—¿Cómo habéis podido llegar aquí?

Pero Driscoll no se preocupó de responderle. Toda su atención la tenía puesta ahora en Ana y cogiéndola en sus brazos le dijo:

—Ya nada tienes que temer... Ahora mismo vamos al barco.

—¡Un momento!—gritó Denham—. ¡Y King-Kong!

—Lo hemos dejado tras nosotros. Cuando vea la puerta cerrada, seguramente se irá.

Pasado el peligro, ya Denham no se acordaba de él. La idea de poder realizar aquella película que lo había llevado a aquellas tierras le hizo decir:

—¡Aquí hemos venido a hacer

una película!... ¡La mejor del mundo!... Hay que fotografiar a King-Kong.

Todos le miraron extrañados, y el director, como la cosa más natural del mundo, siguió diciéndoles:

—Hay bombas... incluso podemos capturarlo vivo.

—¡Eso es una locura!—exclamó iracundo Driscoll—. Aparte de que King-Kong vive en un pico inaccesible, adonde no se puede subir.

—No es necesario—replicó el director—. Recuerde que tenemos algo que él quiere... Algo que él vendrá a buscar.

Ana se abrazó temerosa a Driscoll y éste la tranquilizó diciéndole:

—No temas nada... No habrá poder humano que te separe de mí.

Los que hacían guardia en la muralla vieron venir al monstruoso animal y gritaron asustados:

—¡Viene King-Kong!... ¡Ya llega!

En efecto, los rugidos de la bestia eran ensordecedores. Al llegar a la puerta hizo un esfuerzo para abrirla, pero ésta no cedió a su ímpetu. La rabia que aquellos momentos sentía el animal era tal, que sin desistir de sus propósitos arremetió contra la puerta intentando derribarla.

Pero la fortaleza de aquellas puertas enormes resistían a sus acometidas.

tidas, hasta que finalmente apoyó la espalda sobre ellas e hizo un último y más poderoso esfuerzo. Su empuje fué tal que el grueso tronco que servía de tranca, se desgarró, rompiéndose en dos pedazos, y apareció King-Kong lanzando rugidos. Con la boca abierta amenazaba a los que le miraban aterrados, hasta que finalmente todos huyeron a la desbandada.

King-Kong corrió tras ellos y a su paso las chozas de los indígenas quedaban aplastadas como si fueran de cartón.

Aterrados los pobladores de la isla se lanzaron también a una huída pavorosa, pero King-Kong los aplastaba con sus patazas a su paso, mientras a otros los cogía y los descuartizaba entre sus dientes.

Hubo momentos que mientras partía por la mitad a un negro, otro estaba cogido para hacer lo mismo con él.

El momento era en verdad impidente. Por todos los lados no se oían más que gritos de terror y de pánico. Denham, provisto de las bombas de gas, procuraba imponerse para que se detuvieran, pero todos sus esfuerzos eran inútiles.

Los marinos, lo mismo que los indígenas, corrían despavoridos, mientras el feroz animal seguía destruyendo cuanto se ponía a su paso.

Las mujeres corrían buscando a sus hijitos y en su afán de salvarlos eran víctimas de King-Kong, cuya ferocidad no tenía límites en aquellos momentos.

Driscoll, llevando de la mano a Ana, huyó hacia la playa, para librarse del monstruo. Sabía que lo que él buscaba era a la joven y quería ponerla a salvo antes que nada.

Los vió el simio huir y se lanzó tras ellos, para apoderarse de la muchacha arrollando cuanto se cruzaba en su camino.

El momento era definitivo. De caer otra vez Ana en poder del gorila, difícilmente habría podido ser salvada de nuevo por nadie. La suerte estuvo aquella vez de parte de los enamorados, gracias a la intervención de Denham, que arrojó varias bombas sobre King-Kong hasta conseguir que éste quedara narcotizado.

Cuando comprendieron que nada tenían que temer, se acercaron a él y entonces fué cuando se dieron cuenta exacta de su corpulencia. Jamás se había visto nada semejante y Denham pensó que si conseguían llevar aquel monstruo a Nueva York, habría hecho su fortuna.

En la piel aun tenía clavadas algunas flechas de las que le arrojaron los indígenas y que el gorila no había tenido tiempo de quitarse como

había hecho con otras. Su piel era de una dureza tal, que las afiladas puntas de las flechas apenas si quedaban prendidas en ella sin hacerle ningún otro mal.

Denham junto a King-Kong, a quien rodeaban los demás hombres, les ordenó:

—Vayan al barco y traigan cadenas y herramientas.

—¿Qué piensa hacer?—le preguntó el capitán.

—Lo transportaremos en balsa al barco.

—Y si rompe las cadenas?—preguntó intranquilo Driscoll.

—No tema, lo sujetaremos de forma que no haya peligro alguno. Las

cadenas de los anclotes no podrá romperlas.

Varios marinos fueron al barco en busca de las cadenas y herramientas que había pedido Denham y al cabo de una hora todos trabajaban afanosamente, incluso los indígenas, para conseguir dejar fuertemente atado al animal.

Luego improvisaron una balsa con troncos de árboles y, aprovechando el sueño del gorila, lo transportaron al barco.

Las dos grúas del buque sirvieron para elevarlo hasta la bodega y una vez allí dentro reforzaron nuevamente sus amarras para evitar cualquier esfuerzo del animal y que pudiera librarse.

*Colección
siempre*

*Biblioteca Films
Films de Amor
Selección Films de Amor
Cancionero
Ediciones Biblioteca Films*

LA EXHIBICION DE KING-KONG

Un mes después, todos los diarios de Nueva York hablaban del regreso del productor Denham y daban cuenta de sus manifestaciones que eran por demás curiosas. Según ellos, el célebre director de películas documentales no trataba en aquella ocasión de presentar uno de sus films, sino de algo más sorprendente, de algo tan extraordinario como era un ser que jamás habían visto.

Poco a poco, el ambiente se fué caldeando y el entusiasmo del público fué creciendo, llegando a venderse todas las entradas para el día en que Denham pensaba ofrecer aquel espectáculo. En todos los círculos no se hablaba de otra cosa y Denham, que advertía todo aquel interés, sonreía satisfecho, pensando que sus ganancias serían fabulosas.

Los que no se preocupaban de

nada de este negocio eran Ana y Driscoll. Los dos jóvenes procuraban olvidar en el amor que los unía todos aquellos terribles momentos que pasaron en la isla, aun cuando a veces la imaginación no podía apartarse del recuerdo del enorme gorila.

Denham no se contentó con la exhibición de King-Kong, sino que quería además mostrar a quienes habían sido los que en verdad lo habían capturado y por lo mismo exigió de Ana que se quedase hasta la terminación de las primeras presentaciones. La joven, muy a pesar suyo, tuvo que acceder a lo solicitado por el director, y Driscoll, para no separarse de ella, convino también en presentarse en su unión.

Todo estaba previsto ya para la gran exhibición. El teatro había sido vendido por completo y el día antes de la representación ya no había

una entrada en taquilla. El lleno iba a ser absoluto y las ganancias de Denham, verdaderamente enormes. Tenía la seguridad de que después de aquella primera presentación, el interés del público sería el mismo y que las recaudaciones seguirían siendo iguales.

Para la presentación de King-Kong había sido elegido un teatro enorme cuyo escenario, a pesar de sus grandes dimensiones, había tenido que ser ampliado para que cupiese en él la temible fiera.

Esta había sido encerrada en una jaula de hierro y fuertemente encadenada por los brazos y por las patas con cadenas de acero. La seguridad era indudable y no se corría el menor riesgo de que King-Kong pudiera huir.

Antes de comenzar la función, Denham exigió de varios técnicos que comprobasen la resistencia de la reja y de las cadenas y una vez obtenida la aprobación de ellos no dudó ya en que King-Kong quedaría prisionero por mucho tiempo.

King-Kong no había vuelto a ver a Ana desde su captura ni la joven había mostrado el menor deseo de volver al monstruo. Por lo mismo, aquella noche, a medida que se acercaba el instante de salir al escenario donde estaba el animal, Ana sentía mayor inquietud. Su ner-

viosidad era tanta que su mismo novio le dijo:

—¿Qué te ocurre, Ana?

—No sé—respondió ella—, pero estoy inquieta... como si presintiera que iba a suceder algo terrible.

—Desecha tus temores — respondió sonriendo él—. ¿No comprendes que cuando los técnicos han asegurado que no hay temor alguno a que huya King-Kong, podemos estar tranquilos?

—Así y todo, de buena gana me iría y no saldría al escenario... La visión de ese animal me hará acordar de los instantes que pasé en su poder y de todo lo que sufrí en unas cuantas horas.

Se acercó a ellos Denham en aquel instante y les preguntó:

—¿Estáis preparados?

—Esperando el momento—respondió Driscoll.

En efecto, Ana iba elegantemente vestida con un traje blanco que hacía resaltar aún más su belleza, y Driscoll vestía a su vez un elegantísimo smoking. De todo aquello, lo que más le fastidiaba al joven era su indumentaria. El estaba acostumbrado a vestir tan diferente, tan acostumbrado estaba a su traje de marinero ancho y cómodo, que le parecía estar metido en una funda, dentro de aquel traje.

El público iba entrando ya, ocu-

pando sus localidades sin saber la mayor parte de él qué es lo que iba a ver. Les había bastado la garantía de Denham de que era algo extraordinario y su nombre había servido de crédito. Por lo mismo, en el salón se oían los más diversos comentarios. Unos creían que se trataría de un film, otros de algún fenómeno, había quien suponía que sería una nueva especie humana que Denham había descubierto. Pero lo cierto es que nadie sabía a qué atenerse.

Una señora pretendía alejarse de la embocadura del escenario y le decía al caballero que la acompañaba:

—No quiero sentarme tan cerca de la pantalla.

—Pero si esto no es una película —le respondió su acompañante.

—¿Qué es entonces? —inquirió ella extrañada—. Denham siempre hace películas de monos y de tigres.

—Puesta ésta es una presentación personal—le explicó el caballero.

—¡Bah! —exclamó desalentada ella—. Yo esperaba ver algo bueno, algo emocionante...

—Y lo será cuando Denham lo ha dicho—le dijo su acompañante.

Se sentaron por fin y la hora de la presentación llegó.

Ana, antes de salir al escenario,

aun no se había serenado y le dijo a su novio:

—No quiero ver ese animal... Me recuerda aquel día terrible.

—No tengas miedo... Ya te he dicho que Denham ha tomado todas las precauciones y no hay peligro.

Nuevamente se acercó a ellos Denham, que venía de hacer el recuento de lo que se había vendido, y le dijo a Driscoll, entusiasmado por el negocio:

—Jack, ingresaron hoy diez mil dólares en taquilla... ¿Qué le parece?

—Formidable —respondió Jack, que no pensaba que existiese tanto dinero reunido.

—Pues tengo la seguridad de que todos los días haremos otro tanto...

Los periodistas habían entrado en el escenario y Denham les dijo, reconociéndolos:

—¿Qué, vienen ustedes en funciones?

—Nosotros siempre dispuestos a trabajar—respondieron riendo.

—Pues preparen sus máquinas y vengan conmigo.

Los reporteros se prepararon y Denham los llevó al escenario mostrándoles la jaula donde estaba el imponente gorila. No pudieron impedir que su primer movimiento fuera de miedo, y uno de ellos preguntó intranquilo:

—¿Está segura esa bestia?

—No tengan miedo... No hay peligro alguno.

Tomaron varias placas del gorila, y el director, saliendo con ellos, les presentó a Jack y a Ana.

—Mr. Driscoll la salvó y gracias a él pudimos capturarlo.

—¿Cómo logró dominarle? —preguntó uno de los periodistas.

Jack sonrió ingenuamente ante aquella pregunta y le dijo:

—No fuí yo, fué Mr. Denham quien lo capturó. El fué el héroe que arrojó las bombas.

—Pero de no haber sido por Ana —replicó el director— no hubiéramos atrapado a King-Kong... El no hubiera vuelto al poblado.

—La Bella y la Bestia, ¿verdad? —exclamó uno de los periodistas.

—En efecto... Y les ruego que insistan en ese punto... Digan que King-Kong sólo se arriesgó al conjuro de la bella y sólo por ella se expuso.

—Quisiéramos hacerles unas fotografías —le dijo uno de los periodistas.

—Aquí no —se opuso Denham—. Será mejor que la hagan cuando estemos en el escenario, así podrán cogerlos al lado de King-Kong.

—Aceptado —respondieron los periodistas.

Denham miró su reloj de bolsillo y exclamó:

—¡Todos prevenidos!... ¡Es la hora!

Los tramoyistas se prepararon para la primera indicación y Denham les gritó de nuevo:

—¡Ahora!

Se levantó el telón y ante los ojos atónitos del público apareció el enorme gorila, que miraba ferozmente a todo aquel público congregado allí.

Denham apareció en el escenario, acompañado de Ana y de Driscoll y se dirigió al público diciéndole:

—Tengo el gusto de presentarles a ustedes a Miss Darrow y a Mister Driscoll.

Advirtió cierta intranquilidad en el público y pretendió apaciguarlo diciéndole:

—No tienen nada que temer... Está casi amansado... Están ustedes presenciando algo extraordinario, algo que parece increíble... La prueba viva de nuestra aventura. Fué una aventura en la que doce compañeros perdieron la vida... Este monstruo es el más formidable que se ha visto. En su mundo era soberano omnipotente y aquí es juguete inerme de la civilización y de la curiosidad.

Señaló hacia King-Kong y continuó diciendo:

—Aquí tienen ustedes a la Bestia y aquí tienen ustedes también a la Bella... ¡La heroína, a quien salvó de las garras de la fiera su futuro marido, el valiente Driscoll.

King-Kong, al ver a Ana junto a Driscoll, lanzó un imponente rugido y Denham tranquilizó nuevamente al público diciéndole:

—No teman nada. Esas cadenas son de acero... Ahora los periodistas van a sacar unas fotografías de King-Kong al lado de Ana y de Driscoll.

Los fotógrafos comenzaron a tirar placas y los resplandores del magnesio excitaron a King-Kong de tal suerte que empezó a moverse, como si pretendiera librarse de sus ligaduras.

Denham sonrió ante la actitud del gorila y explicó lo que pasaba diciendo:

—King-Kong cree que atacan a Ana y por eso está intranquilo.

Pero el público seguía mirando al animal, que seguía luchando denodadamente por librarse de aquellas cadenas que lo sujetaban. El único que aparecía tranquilo era Denham, convencido de que por mucha que fuese la fuerza de King-Kong, no sería tanta como para poder romper aquellas gruesas cadenas de acero.

Sin embargo, el monstruo no cesaba en su empeño y haciendo un

esfuerzo enorme consiguió hacer saltar los eslabones de una de las cadenas que aprisionaban sus brazos. Conseguida la libertad de uno de sus miembros, intensificó sus esfuerzos, al mismo tiempo que rugía desesperadamente y ya no le fué nada difícil romper las restantes ligaduras. Se afianzó a los hierros de la jaula y de un zarpazo los estrujó como si fueran de paja, hasta que por fin consiguió la libertad completa.

Afortunadamente, Driscoll había tomado la precaución de huir con Ana para refugiarse en su hotel, con el fin de evitar la persecución de King-Kong. Mas éste, que no los había perdido de vista, los siguió por la calle.

Imposible es describir el pánico que se originó en el público al ver que la Bestia rompía sus ligaduras y se lanzaba hacia ellos, en su deseo de correr tras Ana. Por más que pretendían ponerse en libertad, King-Kong se iba apoderando de ellos y los iba triturando entre sus dientes. Toda la ferocidad del animal se mostraba implacable en aquellos instantes. Parecía como si se quisiera vengar del tiempo que le habían tenido encerrado y con sus enormes manazas cogía a las personas y las lanzaba al aire para estrellarlas contra el suelo. Otras ve-

ces introducía la mitad del cuerpo de cualquiera de sus víctimas en su boca y lo dejaba caer hecho dos pedazos.

Su aparición en la calle fué algo imponente. La gente corría despavorida y en esta huida ella misma formaba una especie de barrera con los cuerpos de los que caían, mientras King-Kong, siempre en su marcha tras Ana, seguía aplastando seres con sus patas o bien destrozándolos entre sus mandíbulas.

Cada vez que ocasionaba una víctima, lanzaba un rugido de alegría y se golpeaba el pecho furibundo. Jamás se había presenciado un espectáculo tan imponente como el que ofrecían aquella noche las calles de Nueva York. El público corría alocado, sin saber qué hacer ni dónde esconderse. Eran inútiles los tiros que le tiraban, puesto que la dureza de su piel no dejaba que la bala penetrase dentro de su cuerpo. Y en esta inmunidad, la fiera seguía ocasionando destrozos. No eran solamente las personas las que eran víctimas de su coraje, sino que en varias ocasiones cogió a varios automóviles de los que pasaban por allí y, como si fuesen simples juguetes, los lanzaba contra el suelo; destrozándolos con la fuerza del golpe.

En la comisaría de policía se recibió inmediatamente el aviso de

que King-Kong se había escapado y de que estaba haciendo una verdadera matanza. Cuanta policía había en la ciudad, salió en persecución del enorme simio, pero su actuación fué por completo nula. King Kong era algo que parecía intangible, algo superior a todo lo imaginable y nada podía la policía con él.

Pasó entonces el animal por debajo de la plataforma de un tren, y al sentir el ruido de un convoy que se acercaba, creyó que se trataba de algo que contra él venía y se aferró a la plataforma destrozándola. Segundos después, el tren, que venía lleno de viajeros, se precipitó, haciendo que unos vagones cayeran sobre otros y dando lugar a nuevas víctimas.

Los gritos de terror, los ayes de los moribundos, el silbido de las sirenas de los coches de los policías, las detonaciones de los disparos y los rugidos de King-Kong resonaban horrorosamente, produciendo aún mayor espanto. Aquello parecía el final del mundo, el exterminio de cuanto existía, por obra de aquella bestia feroz, que, sin que nadie la pudiera detener, seguía sin perder de vista a la pareja Ana y Driscoll, que corrían ante la muchedumbre.

Por fin consiguieron llegar al hotel y subieron rápidamente a sus ha-

bitaciones. Afortunadamente, aquel edificio era uno de los rascacielos más altos de la ciudad y no corrían peligro de que King-Kong pudiera dar con ellos.

Ana se hallaba en un estado de nerviosidad próximo a la locura, y Driscoll pretendía tranquilizarla, diciéndole:

—¡Ya estamos a salvo!... Tranquilízate.

—Ha sido horroroso—suspiró la joven—. Me pareció una pesadilla. Como si estuviera en aquella isla...

—Yo me quedaré aquí contigo... Ya no pueden tardar mucho en acabar con él.

Mientras tanto, King-Kong había llegado a la puerta del hotel. Pretendió entrar por ella, y viendo que apenas si cabía su cabeza, empezó a gatear por la fachada, sirviéndose de los salientes de la misma. Conforme iba pasando por alguna de las ventanas, metía la mano dentro para ver si había alguien. Algunas veces sacaba un cuerpo humano, lo miraba y cuando veía que no era Ana lo dejaba caer a la calle desde la altura de un décimo piso.

Siguió subiendo y vió por otra ventana una cama donde había una mujer. Rugió de alegría pensando que aquella era la persona que él buscaba. Inmediatamente introdujo la mano y arrastró la cama hasta la

ventana, para coger a la que se hallaba dentro. Cuando la sacó fuera, vió que se trataba de una mujer que no era a quien buscaba, y con igual desprecio la volvió a tirar a la calle como había hecho con las anteriores.

Cada una de estas víctimas era un grito de terror de los que presenciaban lo que hacía el gorila.

La ciudad entera estaba aterrada y King-Kong, como si nada tuviera que ver con aquel terror, seguía subiendo por el rascacielo hasta que llegó a la habitación donde estaba Ana con Driscoll.

La presencia de King-Kong, que los miraba por la ventana, llenó de terror a la joven, que se consideró nuevamente perdida. El animal, rugiendo de alegría, extendió el brazo para apoderarse de ella, y Driscoll la cogió para sacarla de allí. Entonces, el gorila, de un empujón, lo tiró contra la pared y a efecto del golpe quedó como atontado. Inmediatamente se apoderó de Ana y una vez que la tuvo en su poder volvió en su ascensión hacia la cúpula del edificio. Parecía imposible que un cuerpo de la grandiosidad del suyo pudiera trepar con tanta seguridad como lo hacía King-Kong. Ni la menor duda ni la menor vacilación hizo que se detuviera por un instante en aquella marcha hacia la

cúpula del edificio, y una vez en ella, con un regocijo salvaje, mostraba a Ana, que parecía un pelele en sus brazos.

Driscoll volvió en sí a los pocos segundos de haber recibido el golpe y entonces se dió cuenta de que Ana había sido capturada de nuevo por King-Kong. Su desesperación fué enorme. Intentó subir a la cúpula del rascacielo, pero pensó que su presencia allí sería inútil y no conseguiría liberar a Ana. Bastaría un simple movimiento de King-Kong para que lo lanzase contra la calle.

Corrió, por eso, en busca de Denham, y cuando lo encontró, le dijo:

—Tenemos que hacer algo para liberar a Ana.

—Vamos a la comisaría para dar cuenta de la situación que se halla—respondió Denham—. Es preciso que le persigan.

Driscoll subió en un coche con Denham y ambos se dirigieron hacia donde estaba la Comisaría. El Comisario, en aquellos instantes, recibía noticias de lo que estaba sucediendo y ordenaba a sus subordinados:

—Hagan fuego contra él hasta que le den muerte.

—Es inútil—le dijo Denham, interviniendo en la conversación que tenía por teléfono el Comisario.

—¿Cómo que es inútil?—preguntó extrañado el Comisario.

—Sí—le dijo Denham—. King-Kong está en lo alto del hotel Empire.

—Entonces no podremos acercarnos a él—respondió el Comisario.

—¿Y qué hacemos entonces?—preguntó dolorosamente Driscoll.

—¡Queda un recurso!—exclamó Denham—. ¡Los aeroplanos!... Con ellos podremos inutilizarlo.

—Tiene usted razón—respondió el Comisario—. Voy a dar inmediatamente orden de que salgan varios aparatos para que lo ametrallen... ¡A ver si resiste la metralla!

Mientras el Comisario daba la orden para que varios aeroplanos salieran en persecución de King-Kong y disparasen contra él, Denham y Driscoll volvieron a la plaza donde estaba situado el hotel, en cuya cúpula se hallaba King-Kong con Ana en los brazos.

Driscoll, cuando vió al gorila con Ana, perdió la confianza en aquel medio que había ideado Denham, y se lo dijo así, exponiéndole sus temores:

—Los aeroplanos no servirán para nada.

—¿Por qué?—preguntó Denham. —Fíjese que los focos son enormes y alumbran admirablemente el cuerpo de King-Kong.

—Pero no podrán disparar sobre él... Si lo hacen, matarán a Ana.

En aquel instante se oyó el ruido de los motores que se acercaban adonde estaban King-Kong y Ana, pero desde el primer instante se vió que los aviadores no podrían hacer nada para terminar con el animal. Si disparaban contra él, lo más fácil es que hiriesen a la muchacha, y esta circunstancia lo mejor era esperar a que King-Kong dejase voluntariamente a la joven para poder lanzarse sobre él.

Sin embargo, el gorila al ver aquellos aparatos, que para él representaban pájaros enormes, no experimentó el menor temor. Estaba acostumbrado a luchar en la selva con toda clase de animales y aquellos no les infundía más miedo que de que se pudieran apoderar de Ana.

Miró varias veces a los aparatos que luchaban por acercársele y varias veces también extendió los brazos como si quisiera cogerlos para destruirlos.

Viendo que Ana le era un estorbo para poder realizar aquel deseo, dió la vuelta a la cúpula y la dejó sobre una cornisa, donde la muchacha quedó desmayada.

—Ahora es el momento de poderlo atacar—exclamó Driscoll.

Como si los aviadores hubieran oido sus palabras, desde aquel ins-

tante, al ver que King-Kong estaba solo y que no corría la joven peligro de ser herida, empezaron a ametrallarlo desesperadamente.

El gorila recibía las descargas que le hacían los aviadores y experimentaba un dolor extraño, un dolor que jamás había sentido y que él no comprendía a qué se debía.

Se llevó las manos a una de las heridas que le habían producido la metralla y al verla llena de sangre rugió ferozmente, y sin preocuparse más que de librarse de aquellos enemigos subió a lo más alto de la cúpula, dejando su cuerpo al aire libre y ofreciendo un blanco maravilloso.

Uno de los aviadores, más temerario que sus compañeros, se acercó varias veces al gorila para no fallar ninguno de sus tiros, pero en una de estas aproximaciones King-Kong pudo darle un manotazo a un ala del avión y éste, perdida su estabilidad, se precipitó contra el suelo haciendo pedazos.

Los otros aparatos siguieron con más ahínco la destrucción de King-Kong y el fuego se intensificó más aún.

Sobre el cuerpo del animal llovían las balas y poco a poco iba desangrándose. No cabía duda que su muerte no se haría esperar y en los ademanes del gorila se iba advirtiendo que no poseía ya la agilidad de

hacía un instante, síntoma inevitable de que su fuerza iba desapareciendo.

Mientras tanto, Ana, echada sobre la cornisa donde la había dejado King-Kong, permanecía sin conocimiento y ajena a cuanto pasaba a su alrededor.

Por fin, King-Kong, sintiéndose ya sin fuerzas para seguir aquella lucha y mirando extrañado a aquellos pajarracos que tanto daño le causaban, se dió por vencido y pretendió huir de ellos.

Dió nuevamente la vuelta a la cúpula para huir con Ana y varias veces extendió el brazo para apoderarse de ella. Mas ya era tarde para poder recobrar su presa. Las fuerzas eran ya tan débiles que apenas si podía mantenerse en pie. Abría la boca lanzando débiles rugidos, como quejándose del daño que le producían aquellas heridas, por donde la vida se le escapaba.

Desde abajo la gente miraba atónita la lucha que sostenían los aviadores contra King-Kong, y cuando éste llegó a aquel estado de decaimiento, cuando se le vió que no tardaría en morir, un grito de alegría brotó del pecho de cuantos lo contemplaban.

—¡Han acabado con él los aeroplanos!—exclamó Driscoll.

—Todavía no—respondió Denham—. Mire usted cómo pretende

ahora apoderarse de Ana otra vez.

—Si lo consigue está perdida—respondió desesperado Driscoll—. Caerá con ella desde esa altura y morirá.

—Lo mejor es que subamos a recogerla—le dijo Denham.

—Vamos en seguida—replicó Driscoll.

Inmediatamente se dirigieron hacia la puerta del hotel, llevando consigo unos rifles y al entrar pretendieron prohibirles que subiera. Pero Denham exclamó iracundo:

—No ven ustedes que soy el director de Carl y que esa mujer es mi artista. Yo sé cómo apoderarme de ella.

Estas palabras le dejaron el camino libre y subió con Driscoll hasta cerca de la cúpula para recoger a Ana. Mas cuando aparecieron vieron que todavía estaba King Kong luchando por coger a la muchacha y Denham le dijo a Jack, que llevado por su vehemencia quería salir afuera.

—¡Estese quieto!... ¡Si King-Kong nos viese apresuráramos la muerte de Ana!... ¡Es mejor esperar a que muera!

—Pero este animal parece inmortal... Cualquier otro ser, con las descargas que le han hecho y con las heridas que tiene, ya habría muerto... Yo no sé esperar tanto tiempo.

—Pues entonces lo que quiera, pero que conste que perderá usted a Ana.

Aquella advertencia hizo que Driscoll contuviese su impaciencia y viera cómo, en efecto, King-Kong iba cada vez perdiendo por momentos sus movimientos. De cuando en cuando abría la boca y al aspirar por las heridas que llevaba salía una abundancia de sangre que hacía presentir que el fin del animal estaba próximo.

Fué una agonía lenta, horrorosa, una agonía que duró cerca de media hora, sin que por eso el gorila perdiera el dominio de sí mismo. Los aeroplanos seguían evolucionando alrededor de él, pero en esta ocasión ya no podía disparar por estar el animal junto a la muchacha.

Driscoll, que no perdía de visto todos los movimientos del animal, sintió de pronto una viva alegría. Vió cómo la mano que se sujetaba al pararrayos de la cúpula iba cediendo y cómo King-Kong iba cerrando los ojos. Un instante después el animal, perdidas por entero sus fuerzas, se soltó del punto de apoyo en que se

sostenía y como una mole imponente cayó a la calle.

Driscoll y Denham se apresuraron a recoger a la joven y lograron volverla en sí.

La muchacha al volver a la realidad dió un grito de espanto, sugestionada por la visión que aún tenía de cuando había perdido el conocimiento, y Driscoll le dijo:

—No te asistes, Ana. King-Kong ha muerto ya... Ya no tendremos que preocuparnos más de él. Los aeroplanos lo mataron.

Denham movió la cabeza pensativo y respondió con cierta ironía:

—No, no fueron los aeroplanos... Fué la Bella la que destruyó a la Bestia.

En calle, sobre el cuerpo gigantesco de King-Kong el público se arremolinaba, en su deseo de ver aquel animal extraordinario, de contemplar aquel ser que durante unas horas había causado el pánico de la ciudad y que no había podido vencer, a pesar de su fuerza y valor, los adelantos de la civilización, de aquel otro mundo que jamás había conocido.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

la más antigua novela cinematográfica

TRES TÍTULOS A CUAL MÁS INTERESANTE

PROXIMO NÚMERO

YO... Y LA EMPERATRIZ

Sutil y delicada novela amorosa, donde una sentida canción, de los labios de una peinadora de Su Majestad, llega hasta el alma romántica de un caballero.

LILIAN HARVEY
CHARLES BOYER

EN PRENSA

MADAME BUTTERFLY

Ensueño poético de la enamorada que espera sin esperanza, con todo el romanticismo del Oriente legendario y misterioso, condensado en las páginas de esta novela.

Sylvia Sidney
Charlie Ruggles

GARY GRANT
IRVING PICHEL

EL BESO ANTE EL ESPEJO

Novela dramática de fuerte emoción, de fama mundial cuyo asunto le hará sentir gran emotividad.

NANCY CARROLL

PAUL LUKAS

PRONTO APARECERA EL NUEVO

CATALOGO ILUSTRADO
DE
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
1934

y EL CATALOGO GENERAL DE EDITORIAL "ALAS" que se remite gratis.

Pídalos hoy mismo a

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMERA

PORADA A TODO COLOR
PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

LA MAS SELECTA

MENTIRAS DE NIÑA PETROWNA Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR ... Al Jonson
LOS PECADOS DE LOS PADRES Emil Jannings
EL DESFILE DEL AMOR ... Chevalier
EL AMOR Y EL DIABLO ... Maria Corda
LA INTRUSA ... Gloria Swanson
LA MARSELLESA ... L. La Plante
¡ME PERTENECE! ... F. Bertin
LA FIEBREZILLA DOMADA ... Mary-Douglas
UN HOMBRE DE SUELTA ... E. Vilches
CASCARRABIAS ... Roberto Rey
NOCHES DE NEW-YORK ... N. Talmadge
LA MUJER EN LA LUNA ... Willy Fritsch
EL ZEPELIN PERDIDO ... Conway Tearle
LAS LUCES DE LA CIUDAD ... Charlie Chaplin
SU NOCHE DE BODAS ... I. Argentina
DON JUAN DIPLOMÁTICO ... C. Montalbán
EL EMBRUEJO DE SEVILLA ... Ladrón de Guevara
LA ÚLTIMA ORDEN ... Emil Jannings
NAUFRAGOS DEL AMOR ... J. Mac Donald
EL CABALLERO DE FRAC ... Roberto Rey
EL COMEDIANTE ... E. Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES ... Carlos Gardel
EL TENIENTE SEDUCTOR ... Chevalier
EL SECRETARIO DE MADAME Willy Forst
LA ARLESIANA ... José Noguero
ENTRE NOCHE Y DÍA ... Elena D'Algy
LOS QUE DANZAN ... A. Moreno
AL ESTE DEL BORNEO ... C. Bisckford
M. (El Vampiro de Dusseldorf) ... P. Lorre
LA DAMA ATREVIDA ... R. Pareda
FATALIDAD ... M. Dietrich
EL PRÍNCIPE GONDOLERO ... Roberto Rey
SVENGALI ... J. Barrymore
CARNE DE CABARET ... Lupita Tovar
EL DOCTOR FRANKENSTEIN ... B. Karloff
PAGADA ... Joan Crawford
CATOLICISMO ... G. Froelich
KISMET ... Loretta Young
CIMARRON ... Richard Dix
EL TENIENTE DEL AMOR ... G. Froelich
DIRIGIBLE ... Jack Holt
LA DAMA DE UNA NOCHE ... F. Bertin
NACIDA PARA AMAR ... C. Bennett
AVENTURAS DE TOM SAWYER Jackie Coogan
MARIUS ... Raimu
UNA MUJER DE EXPERIENCIA Nancy Carroll
EL ÁNGEL DE LA NOCHE ... H. Twelvetrees
UNA CANCIÓN, UN BESO, UNA MUJER ...
UNA HORA CONTIGO ... G. Froelich
DOS CORAZONES Y UN LATIDO Lillian Harvey
RONNY ... Kathe de Nagy
ATLANTIDA ... Brigitte Helm
EL EXPRESO DE SHANGHAY M. Dietrich

COCKTAIL DE CELOS ... C. Bennett
UN CHICO ENCANTADOR ... Henry Garat
LA REINA DRAGA ... Pola Negri
VICTORIA Y SU HUSAR ... I. Petrowich
EL CONGRESO SE DIVIERTE Lillian Harvey
REMORDIMIENTO ... P. Holmes
¡QUE PAGUE EL DIABLO! ... Ronald Colman
EL IDOLO ... John Barrymore
BAJO FALSA BANDERA ... Richard Dix
MANCHURIA ... Frederick March
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO Silvia Sidney
DAMAS DEL PRESIDIO ... Charlotte Suss
ESPERAME ... C. Gardel
AMAME ESTA NOCHE ... M. Chevalier
UN "AS" EN LAS NUBES ... Billie Dove
LA COMEDIA DE LA VIDA ... Florelle
UNA NOCHE CELESTIAL ... John Boles
POR LA LIBERTAD ... Luis Trenker
EL MARIDO DE MI NOVIA ... Marie Glory
PRESTIGIO ... Adolphe Menjou
ROCAMBOLE ... Rolla Norman
14 DE JULIO ... René Clair
REDIMIDA ... Frederick March
EL MILAGRO DE LA FE ... Hobart Bosworth
LA VENUS RUBIA ... M. Dietrich
RASPUTIN ... Conrad Veidt
LA AMANTE INDÓMITA ... Bebe Daniels
MERCEDES ... J. Santpere-Arcos
SUEÑO DORADO ... Lillian Harvey
CORRESPONSAL DE GUERRA ... Jack Holt
UNA MUJER PERSEGUIDA ... Vinne Gibson
UNA MUJER CAPRICHOSA ... C. Colbert
LABIOS SELLADOS ... Clive Brook
¿DELINCUENTE? ... Boris Karloff
CRUEL DESENGAÑO ... B. Stanwyck
INDISCRETA ... Gloria Swanson
EL DOCTOR ARROWSMITH ... Ronald Colman
DIPLOMÁTICO DE MUJERES ... Marta Eggerth
LA ÚLTIMA ACUSACIÓN ... John Barrymore
LA HIJA DEL DRAGÓN ... Ana May Wong
¿QUE VALE EL DINERO? ... G. Bancroft
VIAJE DE NOVIOS ... Brigitte Helm
PASTO DE TIBURONES ... Edward Robinson
EL ROBINSON MODERNO ... D. Fairbanks
SOLTERO INOCENTE ... M. Chevalier
I. F. I. NO CONTESTA ... Charles Boyer
MELODÍA DE ARRABAL ... Argentina Gardel
EL SIGNO DE LA CRUZ ... March. E. Landi
TODO POR EL AMOR ... J. Kiepura
DANTON ... J. Gretilla
ESTRELLA DE VALENCIA ... Brigitte Helm
CASADA POR AZAR ... Clark Gable
KING-KONG ... Fay Wray
YO Y LA EMPERATRIZ ... Lillian Harvey

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707
Valencia, 234 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo Remitan cinco céntimos para el certificado Franqueo gratis.

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel couché - Portada a todo color - 50 céntimos

Ave del Paraíso

interpretada por la bella actriz Dolores del Río y J. Mac Crea.

Bombas en Montecarlo

por la nueva estrella Kathe de Nagy y el apuesto Jean Murat.

El Príncipe de Arkadia

bellísima opereta, por Willy Forst y la genial Liane Haid.

La insaciable

por la fascinante Carole Lombard acompañada por Ricardo Cortez y Paul Lukas.

El vencedor

protagonistas: Jean Murat y la bella actriz Kathe de Nagy.

El tigre del Mar Negro

Obra basada en los comienzos de la Revolución rusa.

Creación del célebre Bancroft y Miriam Hopkins.

Tentación

Novela sugestiva por Constance Bennett y Joel Mac Crea.

Estupefacientes

Novela de intriga, creación de Peter Lorre y Jean Murat.

El hechizo de Hungría

Creación de la bellísima artista Gita Alpar y el simpático actor Gustav Frohlich.

El malvado Zaroff

Novela del más alto interés, por Joel Mc. Crea y Fay Wray.

El gran domador

interpretada por Anita Page.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIÓNERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan
32 Páginas de texto: 30 cts.

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gardel	Custodia Romero
Imperio Argentina	Emilio Sagi-Barba
J. Mac Donald	Marcos Redondo
José Mojica	Marlene Dietrich
Roberto Rey	Agustín Irusta
Blanca Negri-Alady	Luisita Esteso
Enriqueta Serrano	Olvido Rodríguez
Felisa Galé	Josefina Baker
Celia Gámez	Juan B. Giliberti
Orquestina Planas	Conchita Piquer
L. Harvey-H. Garat	Gaynor - Farrell
Maurice Chevalier	Olimpia de Córdoba
Rampér	Imperio Argentina
Azucena Maizani	Nuevos tangos
Mario Visconti	Goyita Herrero
El Cante Jondo	Raquel Meller
Carlos Gardel	Elvira de Amaya
(Nuevos tangos)	Argentinita
Dolly Haas	Miguel Fleta
Lupe Rivas Cacho	Meg Lemonnier
Mercedes Serós	

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Dedicado a IMPERIO ARGENTINA y CARLOS GARDEL
Precio 0'60 ptas.

ALMANAQUE 1933

dedicado al genial estilista

CARLOS GARDEL

Precio:
UNA peseta

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALIAS" Apartado 707
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones Biblioteca Films

(La más antigua novela cinematográfica)



91, La amante indómita. - 92, Mercedes. - 93, Sueño dorado. - 94, El corresponsal de guerra. - 95, Una mujer perseguida. - 96, Una mujer caprichosa. - 97, Labios sellados. - 98, Delincuente. - 99, Cruel desengaño.

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para 1 certificado. Franqueo gratis

1'00 peseta